

JUVENTUD

Revista de la Federación de Estudiantes de Chile.



SUMARIO

Fragmentos, por José Enrique Rodó.
Don Valentín Letelier, por Rudecindo Ortega.

El cero de la autoridad, por Tarrida del Marmol.

La Universidad de Concepción, por Enrique Molina.

En la Tarde, por Luciano Morgad.
† Moisés Vargas — Aurelio Ramos.
Doloras, por Pedro Prado.

La Gimnasia Sueca y la Educación Física-Biológica, por Demetrio Salas M.

Sobre las huelgas, por Hernán Bonilla Vicuña.

Los caminos, por Arturo Capdevila.
Don Crescente Errázuriz, por Antonio Pinto Durán.

El Catolicismo, por Ernesto Renán.
Desde la ventana, por F. Cavagnaro Herrera.

Tipos, Sentimientos, Ideas.—I. En la Federación de Estudiantes de Lima.—II. Los que se van a Estados Unidos, por Francisco Aguilera.

La Silla que ya nadie ocupa, por Evaristo Carriego.

¿Qué es la crítica? por Eliodoro Astorquiza.

Camino de la miseria. Ensueño triste, por J. Cifuentes Sepúlveda.

Santa Rutina, por G. Renard.

La Voz de Seda. Una voz, por Juan Guzmán Crucehaga.

Opiniones: Exposiciones por W. Vila.—Libros, por R. M. F.

Actividades estudiantiles.

Notas de la Redacción.

SANTIAGO

Julio-Agosto de 1919

Año I

Núm. 6

FEDERACION DE ESTUDIANTES DE CHILE

ASOCIACION CENTRAL DE SANTIAGO

MESA DIRECTIVA DEL PERIODO DE 1919-1920

PRESIDENTE

WALDO URZUA ALVAREZ

VICE-PRESIDENTES

ROBERTO GUIJON — ALEJANDRO REYES

SECRETARIO

OSCAR ACEVEDO VEGA

TESORERO

PEDRO J. CRISPI

SECRETARIO DE COMISIONES

GMO. DEL PEDREGAL

PRO-SECRETARIO

VICENTE NARANJO

PRO-TESORERO

HUMBERTO MEZA

DIRECTORES

1 Acevedo Oscar	22 García José M.	43 Rencoret Carlos
2 Aguirre Santiago	23 Grebe Germán	44 Reyes Alejandro
3 Alessandri Hernán	24 Hinojosa Alvaro	45 Riveros Mariano
4 Andwanter Humberto	25 Hoyos Víctor	46 Schnacke Oscar
5 Aravena Rafael	26 Larrain Alfredo	47 Soto Jorge
6 Adriazola Ricardo	27 Lazaeta Jorge	48 Salinas Roberto
7 Bastidas Luis	28 Moore Guillermo	49 Salas Angel
8 Borgoño Carlos	29 Molinos Vicente	50 Soto David
9 Brugnoli Francisco	30 Mena Juan	51 Silva Humberto
10 Bustos Oscar	31 Martínez Carlos	52 Soto Zacarías
11 Cantuarias Eugenio	32 Miranda Luis	53 Stahl Gastón
12 Carrasco Eduardo	33 Mela Hector	54 Urzua Waldo
13 Córdova Enrique	34 Mesa Humberto	55 Ugalde Pedro L.
14 Crispi Pedro J.	35 Neut Jorge	56 Valdés Manuel
15 Duran Servando	36 Ortega Juan A.	57 Vidal y Aramayo G.
16 Escobar Mamerto	37 Opazo Esmeraldo	58 Vergara Osvaldo
17 Echenique Diego	38 Pedregal Gmo. del	59 Vergara Guillermo
18 Granier Luis	39 Paredes Armando	60 Vallejos Víctor
19 Gandulfo Pedro	40 Pandolfo Miguel	61 Valdívieso Carlos
20 Gandulfo Juan	41 Rivero Agustín	62 Weinstein Nicolás
21 Guijón Roberto	42 Rojas Osvaldo	63 Toro Carlos

DIRECTORES EXTRAORDINARIOS

Lain Diez

—

Santiago Labarca

The Chilian Stores

Gath & Chaves Ltd.

SOCIEDAD ANONIMA INGLESA

Grandes Almacenes de artículos generales de vestir, para Hombres, Señoras, Señoritas, Niños, Niñas y Bebés.

En sus confortables y lujosos Departamentos de *Confecciones y Modas para Señoras y Señoritas*, se reciben constantemente las últimas novedades de cada estación, adquiridas por el experto personal de sus Casas de Compras.

Igual atención se presta a las novedades de la moda masculina en *Sombreros, Camisería, Sastrería, etc.*

Hay además 32 Secciones diversas en las que se encuentran los surtidos más completos en *Artículos de Tocado, Perfumería, Bazar y Objetos de Arte, Tejidos y Sedas, Garnitures, Ropa Blanca Interior, de Cama y de Mesa, Menaje, Mueblería, Valijería, Juguetería, Comestibles, Licores, etc.*

En su Departamento especial de artículos Sportivos hay equipos completos para *Boy Scouts y Ghirl-Scouts.*

Casa de Ventas

Santiago. Estado esq. Huérfanos

SEDE EN LONDRES: 8, Crosby Square.

Casas de Compras

LONDRES, Moorgate Hall, 73-93 Finsburg Paement.

PARIS, 20-22 Rue Richer (IXme).

NEW-YORK, 347, Madison Avenue.

JAPON, Yokohama.

¡ESTUDIANTES!

La Sastrería Avendaño Hnos.

Ahumada, 20 -:- Ahumada, 160

Os ofrece condiciones especiales de precio y de pago.
Acudid a ella y quedaréis contentos y vestiréis elegantes.
Estudiantes federados tienen un 5% de descuento.

Todos los textos y útiles que el estudiante necesita
para Preparatorias, Humanidades, Medicina, Leyes, etc.,
se encuentran donde

ZAMORANO y CAPERAN
LIBRERIA

COMPAÑIA, 1015-19 — CASILLA 362

Gran cantidad de obras científicas y Literarias. Las
últimas novedades impresas en el extranjero se reciben
por cada correo. — El mejor servicio de suscripciones.

NEW LONDON HOUSE

Sastrería de Pedro M. Olmedo

Agustinas, 979

al lado del Club de Septiembre.

ES LA QUE VISTE MEJOR

Selecto surtido de Casimires
Ingleses y Franceses.

A los Estudiantes, descuento especial.

Sportsmen

Canastos para lunch.

Servicios para cocinar en campaña.

Caramayolas.

Botellas Thermos.

Bicicletas.

Anzuelos para pescar.

Escopetas.

Revolvers.

Pistolas.

Puñales.

y varios otros artículos

para excursionistas.

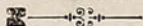
MORRISON & Co.

Ahumada, 65, 67 y 77

Casilla 212 -- SANTIAGO

BALFOUR, LYON & Cía.

VALPARAISO — SANTIAGO — LONDRES



Importadores y Fabricantes de Maquinaria
para todas las Industrias.

Tienen en Venta:

Acero para herramientas y minas.

Pinturas de todos colores.

Fierro en barras y planchas.

Aceites y grasas lubricantes.

Motores a gas y parafina.

Bombas de varios tipos, etc.

Oficina Santiago: BANDERA, 185

BANCO POPULAR

FUNDADO EN 1887 PARA ATENDER
ESPECIALMENTE LOS INTERESES
DE LAS CLASES PROLETARIAS

Autorizado por Decretos Suoerimos de 19 de Octubre
de 1837, 16 de Octubre de 1907 y 7 de Agosto de 1910.

ESTABLECIDO EN SU PROPIEDAD AHUMADA ESQ. ALAMEDA

Capital autorizado. . \$ 5.000,000

Capital pagado. 1.000,000

CONSEJO DIRECTIVO:

Presidente:

ALEJANDRO VALDÉS RIESCO

Vice-Presidente:

JOSÉ SANTIAGO MUÑOZ B.

CONSEJEROS:

JULIO D. EASTMAN

VICENTE GARCIA HUIDOBRO

GUILLERMO PEREIRA I.

CARLOS A. INFANTE

Gerente: FRANCISCO A. CELIS

TASA DE INTERESES:

A la vista y en cuenta corriente.....	3% anual
A tres meses plazo	5 " "
A seis meses plazo	7 " "
A doce meses plazo	8 " "
En cta. cte. por cantidades menores de \$ 1,000	5 " "

JUVENTUD

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CLUB DE ESTUDIANTES

AHUMADA 73

JULIO — AGOSTO DE 1919

La divergencia de las vocaciones personales imprimirá diversos sentidos a vuestra actividad y hará predominar una disposición, una aptitud determinada, en el espíritu de cada uno de vosotros. Los unos seréis hombres de ciencia; los otros seréis hombres de arte; los otros seréis hombres de acción. Pero por encima de los afectos que hayan de vincularos individualmente a distintas aplicaciones y distintos modos de la vida, debe velar en lo íntimo de vuestra alma la conciencia de la unidad fundamental de nuestra naturaleza, que exige que cada individuo humano sea, ante todo y sobre toda otra cosa, un ejemplar no mutilado de la Humanidad, en el que ninguna noble facultad del espíritu quede obliterada y ningún alto interés de todos pierda su virtud comunicativa. Antes que las modificaciones de profesión y de cultura, está el cumplimiento del destino común de los seres racionales. “Hay una profesión universal, que es la del **Hombre**”, ha dicho admirablemente Guyau. Y Renan, recordando, a propósito de las civilizaciones desequilibradas y parciales, que el fin de la criatu-

ra humana no puede ser exclusivamente saber, ni sentir, ni imaginar, sino ser real y enteramente Humana, define el ideal de perfección a que ella debe encaminar sus energías como la posibilidad de ofrecer en un tipo individual un cuadro abreviado de la especie.

Aspirad, pues, a desarrollar en lo posible, no sólo un aspecto, sino la plenitud de vuestro ser. No os encojáis de hombros delante de ninguna noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana, a pretexto de que vuestra organización individual os liga con preferencia a manifestaciones diferentes. Sed espectadores atentos allí donde no podáis ser actores. Cuando cierto falsísimo y vulgarizado concepto de la educación, que la imagina subordinada exclusivamente al fin utilitario, se empeña en mutilar, por medio de ese utilitarismo y de una especialización prematura, la integridad natural de los espíritus, y anhela proscribir de la enseñanza todo elemento desinteresado e ideal, no repara suficientemente en el peligro de preparar para el porvenir espíritus estrechos, que, incapaces de considerar más que el único aspecto de la realidad con que estén inmediatamente en contacto, vivirán separados por helados desiertos de los espíritus que, dentro de la misma sociedad, se hayan adherido a otras manifestaciones de la vida.

Lo necesario de la consagración particular de cada uno de nosotros a una actividad determinada, a un solo modo de cultura, no excluye, ciertamente, la tendencia a realizar, por la íntima armonía del espíritu, el destino común de los seres racionales. Esa actividad, esa cultura, serán sólo la nota fundamental de la armonía. El verso célebre en que el esclavo de la escena antigua afirmó que, pues era hombre, no le era ajeno nada de lo humano, forma parte de los gritos que, por su sentido inagotable, resonarán eternamente en la conciencia

de la Humanidad. Nuestra capacidad de comprender sólo debe tener por límite la imposibilidad de comprender a los espíritus estrechos. Ser incapaces de ver de la Naturaleza más que una faz, de las ideas e intereses humanos más que uno solo, equivale a vivir envuelto en una sombra de sueño horadada por un sólo rayo de luz. La intolerancia, el exclusivismo, que cuando nacen de la tiránica absorción de un alto entusiasmo, del desborde de un desinteresado propósito ideal, pueden merecer justificación y aún simpatía, se convierten en la más abominable de las inferioridades cuando, en el círculo de la vida vulgar, manifiestan la limitación de un cerebro incapacitado para reflejar más que una parcial apariencia de las cosas.

Por desdicha, es en los tiempos y las civilizaciones que han alcanzado una completa y refinada cultura, donde el peligro de esa limitación de los espíritus tiene una importancia más real y conduce a resultados más temibles. Quiere, en efecto, la ley de evolución, manifestándose en la sociedad como en la Naturaleza por una creciente tendencia a la heterogeneidad, que, a medida que la cultura general de las sociedades avanza, se limite correlativamente la extensión de la aptitudes individuales y haya de ceñirse el campo de acción de cada uno a una especialidad más restringida. Sin dejar de constituir una condición necesaria de progreso, ese desenvolvimiento del espíritu de especialización trae consigo desventajas visibles, que no se limitan a estrechar el horizonte de cada inteligencia, falseando necesariamente su concepto del mundo, sino que alcanzan y perjudican, por la dispersión de las afecciones y los hábitos individuales, al sentimiento de la solidaridad. Augusto Comte ha señalado bien este peligro de las civilizaciones avanzadas. Un alto estado de perfeccionamiento social tiene para él un grave inconveniente, el de la facilidad

con que suscita la aparición de espíritus deformados y estrechos; de espíritus “muy capaces bajo un aspecto único, y monstruosamente ineptos bajo todos los otros.” El empequeñecimiento de un cerebro humano por el comercio continuo de un solo género de ideas, por el ejercicio indefinido de un solo modo de actividad, es para Comte un resultado comparable a la mísera suerte del obrero, a quien la división del trabajo de taller obliga a consumir en la invariable operación de un detalle mecánico todas las energías de su vida. En uno y otro caso el efecto moral es inspirar una desastrosa indiferencia por el aspecto general de los intereses de la Humanidad. “Y, aunque esta especie de autonomismo humano—agrega el pensador positivista—no constituye felizmente sino la extrema influencia dispersiva del principio de especialización, su realidad, ya muy frecuente, exige que se atribuya a su apreciación una verdadera importancia.”

No menos que la solidez, daña esa influencia dispersiva a la estética de la estructura social. La belleza incomparable de Atenas, lo imperecedero del modelo legado por sus manos de diosa a la admiración y el encanto de la Humanidad, nacen de que aquella ciudad de prodigios fundó su concepción de la vida en el concierto de todas las facultades humanas, en la libre y acordada expansión de todas las energías capaces de contribuir a la gloria y al poder de los hombres. Atenas supo engrandecer a la vez el sentido de lo ideal y el de lo real, la razón y el instinto, las fuerzas del espíritu y las del cuerpo. Cinceló las cuatro fases del alma. Cada ateniense libre describe en derredor de sí, para contener su acción, un círculo perfecto, en el que ningún desordenado impulso quebrantará la graciosa proporción de la línea. Es atleta y escultura viviente en el Gimnasio, ciudadano en el Pnix, polemista y pensador en los pórticos. Ejercita su

voluntad en toda suerte de acción viril y su pensamiento en toda preocupación fecunda. Por eso afirma Macaulay que un día de la vida pública del Atica es más brillante programa de enseñanza que los que hoy calculamos para nuestros modernos centros de instrucción. Y de aquel libre y único florecimiento de la plenitud de nuestra naturaleza surgió **“el milagro griego”**, una inimitable y encantadora mezcla de animación y de serenidad, una primavera del espíritu, una sonrisa de la Historia.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ



Don Valentín Letelier

Somos un pueblo de homenajes póstumos. Sólo hoy, que lamentamos la pérdida de este eminente pensador, honra de la cultura americana, le rinde nuestra patria su tributo de fervorosa admiración. El egoísmo humano calla el elogio a los que valen realmente y deja a la posteridad el cumplimiento de ése, que es el más alto deber de los hombres, porque es un deber de lealtad: hacer justicia al mérito.

Don Valentín Letelier era chileno. No obstante, o talvez por eso, porque nadie es profeta en su tierra, no fué en nuestros círculos intelectuales donde se impusiera más acentuadamente su valía, la innegable valía de su vigorosa mentalidad. Instituciones docentes de tan sólido prestigio como las Universidades de La Plata y Río Janeiro le contaban en su seno con el carácter de miembro académico honorario, y el Gobierno de Francia le había discernido el título de Oficial de Educación Pública de ese país. Sus doctrinas de sociólogo, de jurista y de pedagogo, alcanzaron el señalado honor de ilustrar los debates de importantes Congresos Cien-

tíficos. Los más reputados publicistas del Nuevo y del Viejo Mundo citan elogiosamente su nombre. Pero apenas el ánimo constatar que a esta glorificación en vida del ilustre sabio, su patria contribuyó escasamente.

El, en cambio, acrecentó el prestigio de Chile en forma bien efectiva, pues, si la publicación de sus obras, como "La Filosofía de la Educación", "La Evolución de la Historia", "Génesis del Estado" y "Génesis del Derecho", aureoló su nombre de celebridad, cada vez ésta alcanzó a su patria, porque nunca se olvida su nacionalidad cuando se aplaude a un hombre superior..

Al borde de su tumba se agotarán ahora los elogios. Por eso hay que decir que al hablar de este insigne varón, no podrá haber, tal es su mérito, ni ponderación en las palabras, ni en el encomio, hipérbole.

II

Refiéranse otros a su labor de hombre de ciencia y de publicista, a su erudición y a su talento, nuestro propósito es hablar del maestro.

Jurisconsulto y sociólogo, diplomático y parlamentario, magistrado y polemista, era además un catedrático: no sólo tenía una inteligencia excepcional, sino también un alma de apóstol.

Raramente dotado para descollar en las muchas esferas de actividad en que su vasta cultura le permitía actuar, se consagró con amor a las tareas de la enseñanza; y en esa su cátedra de Derecho Administrativo que durante veintitrés años profesara con singular consagración y talento, supo ser el docto maestro de ponderado criterio y alma bondadosa. Los que escucharon sus lecciones recuerdan con admiración y cariño al sabio profesor, cuyo pupitre de su sala de clase fué una tribuna desde la cual predicara su evangelio científico.

Su prominente actuación le llevó a desempe-

ñar la Rectoría de la Universidad, alto sitial desde el cual imprimió a nuestra instrucción superior rumbos nuevos: junto con ser un pensador fué un sembrador de ideas, que, si pensó, fué para obrar. Señalen otras plumas más expertas cuál fué el alcance de su labor docente, y ese análisis revelará hasta qué punto merece don Valentín Letelier la veneración de sus compatriotas. Nosotros anotaremos un rasgo del querido maestro, que evidencia por qué la juventud le profesa, además, gratitud y cariño.

El gesto de los universitarios, al formar la Federación de **Estudiantes**, dando con ello la mejor respuesta a los que les hacían víctimas de una injusta preterición en una fiesta social en honor de ellos organizada—según se dijo,—no fué mirado con simpatía sino por unos pocos. Se pretendió hacer el vacío en torno de esta institución que nacía prohijada por un espíritu de altivez y rebeldía nada tranquilizador para los que veían una amenaza en la solidaridad de quienes no aceptaban ultrajes a su dignidad. Don Valentín Letelier no sólo auspició los primeros pasos de la Federación de Estudiantes, brindándole su aplauso, que revestía la más alta significación por el prestigio de su nombre y de su elevada investidura, sino que, además de prestarle una efectiva ayuda pecuniaria, patrocinó las gestiones iniciadas a fin de obtener que el Gobierno cediera un local contiguo a la Universidad para que ahí se instalara el que fué luego Club de Estudiantes. Gracias a él, principalmente, la nueva institución fué robusta desde su infancia.

El querido Rector probaba una vez más que se había consagrado al magisterio no sólo por inclinación de su espíritu, sino por impulsos de su corazón; no sólo por amor a la ciencia, sino por amor a la juventud!

¡Por eso al arrebatárnoslo la muerte, nos dejó de algo muy caro a nuestra vida afectiva!

¡Por eso la juventud viste luto en el día de sus
exequias!

¡Por eso en estas palabras debió haber una
honda emoción de elegía...!

RUDECINDO ORTEGA

Santiago, 21 de Junio de 1919.



El cero de la autoridad

El objeto final de la vida humana, en medio de este mundo, que es infinito en el tiempo y en el espacio, no puede ser accesible al hombre en sus límites.— **León Tolstoy.**

A este objeto final de la vida, al que se refiere el venerable filósofo de Yasnaya-Poliana, es posible acercarse indefinidamente y hasta puede decirse que esta aspiración constituye el ideal de los que quieren ayudar al reemplazo de una vida odiosa, egoísta, violenta, irracional, por otra de goce, de fraternidad, de libertad, de razón; es el sueño dorado de los que desean disminuir sin cesar el Mal y aumentar constantemente el Bien, no sólo en el interés personal, sino principalmente en el interés de toda la humanidad, comprendiendo, además, que sólo trabajando por el bien de todos es como realmente se trabaja por la propia felicidad.

Los goces materiales, morales e intelectuales aumentan cada día y no cesan jamás de aumentar; mas, por desgracia, en nuestra sociedad autoritaria, son acaparados por algunos privilegiados, y el mayor número, precisamente aquellos que más contribuyen a producirlos, no pueden gozar ellos. De todos modos, esos bienes existen; son bienes adquiridos, de los cuales cada uno tendrá su parte el

día en que el mundo quede organizado de una manera equitativa, y aumentarán siempre, porque las aplicaciones de la ciencia son ilimitadas, porque todo invento es casi siempre el origen de un invento nuevo, y porque la mayor parte de las necesidades satisfechas ceden el lugar a nuevas necesidades... A la vereda sigue el camino real, a éste las vías férreas, al barco de vela los grandes transatlánticos, al montgolfier los globos de gas, precursores de los navíos aéreos, y en cada uno de estos perfeccionamientos se observa el aumento de bienestar, de la seguridad y de la velocidad; se ansían los 50 kilómetros por hora cuando se han obtenido 30; tres años después no bastan los 80; y no pasará seguramente un cuarto de siglo sin que parezcan insignificantes los 200 kilómetros por hora que nos promete el nuevo sistema monolinear, con regulador giróscopico, del ingeniero inglés Luis Brennam, cuyos experimentos ante la **Royal Society** de Londres han sido tan concluyentes como satisfactorios.

El mismo fenómeno se observa en todas las esferas del arte, de la ciencia o de la industria. Porque esta aspiración hacia el progreso indefinido es una consecuencia de la naturaleza humana.

El límite superior de este aumento de goces posibles es el de todas las cantidades que crecen de una manera continua, es decir, el infinito, cantidad más grande que todo valor, por grande que sea. Es claro que a este límite no llegaremos jamás; pero tenderemos más y más a acercarnos a él.

Tal es la primera fase de la lucha entablada para lograr el objeto final a que se refiere Tolstoy.

*

* *

La segunda comprende la supresión del mal. Desde el punto de vista de la humanidad, el peor de todos los males, el que engendra casi todos los otros, es la falta de libertad.

Aunque considerando innecesario definir la libertad, diremos: es la facultad de permitir al organismo todas las manifestaciones físicas, morales, intelectuales, consumidoras y productoras que reclama, en tanto que dichas manifestaciones no destruyan en otros esta misma facultad.

Esta limitación no es artificial, sino natural, y como la condición misma de posibilidad de la libertad, sin la cual ésta no podría existir; porque si con el pretexto de mi gusto me abrogo el derecho de impedir a mi vecino que escriba una carta, por ejemplo, le reconozco un derecho análogo sobre mí, y ceso, por tanto, de tener la libertad de escribir una carta si se le antoja impedírmelo.

El principio contrario a las manifestaciones de la libertad así definida es el principio de autoridad. Esta puede ser de dos clases: artificial y natural.

La primera, siendo el resultado de un contrato, de una ley o de una fuerza, puede ser suprimida por la fuerza o por un pacto.

La segunda, que se manifiesta de maneras tan diversas, pero todas absolutamente naturales—fenómenos físicos, atracción amorosa, superioridad intelectual, influencias morales, etc.—debe ser combatida sin cesar por los esfuerzos combinados de todos. Su disminución constante es indudablemente una condición de la felicidad humana, y su desaparición absoluta ha de ser uno de los objetos de la vida. A esta desaparición no se llegará jamás completamente; pero podrá la humanidad ir aproximándose a ella sin cesar.

El límite de la disminución, más o menos lenta, pero continua, de esta manifestación autoritaria en las relaciones de la vida, no es otro que el límite matemático de todas las cantidades que decrecen de una manera continua; es decir, cero, cantidad más pequeña que todas las cantidades positivas, por mínimas que sean, límite que no llegare-

mos a alcanzar jamás, pero al cual tenderemos siempre a aproximarnos.

Tal es la segunda fase de la lucha.

*

* *

Este modo de plantear el doble problema de la aspiración constante hacia el Bien y de la supresión paulatina, pero indefinida del Mal, puede, creo yo, ser admitido por todos los partidarios sinceros del Progreso y de la Libertad. A mi humilde entender, debería constituir, además, la fórmula general del ideal libertario, si este quiere despojarse del tinte utópico y dogmático.

Sin embargo, ocurrió un fenómeno extraño, cuando por primera vez desarrollé este concepto en un mitin de Londres, que describió extensamente el publicista Luis Bonafoux, y del que se ocuparon muchísimos diarios, especialmente los de España. Mientras todos los republicanos españoles, sin exceptuar al inolvidable Pi y Margall, se mostraban conformes con esta concepción y aún veían en ella una posibilidad de concentrar en una poderosa falange todos los elementos progresivos, varios escritores libertarios y no de los menos autorizados, la rechazaban en redondo, pretextando que dejarían de ser anarquistas si llegaban a considerar como un sueño irrealizable la anarquía absoluta: es decir, la supresión completa de todas las manifestaciones de la autoridad.

Entiendo que se trata de una preocupación que no responde a la realidad. En efecto, supóngase un médico encargado de cuidar a un paciente, afecto de una enfermedad incurable, pero susceptible de ser combatida enérgicamente. Hará cuanto le sea posible para suprimir todas las manifestaciones de dolor y de malestar, para ir disminuyendo las que vayan quedando, para acercarse cada vez más y más a la curación completa, aún reconociendo

que ésta es imposible. ¿Quiere decir esto que el facultativo es sólo partidario de la curación parcial? No; es tan partidario de la curación absoluta como el que más, y únicamente obrando como tal consigue que la curación parcial sea todo lo eficaz posible.

Del mismo modo pueden seguir llamándose anarquistas, si les place, los que tienden al cero de la autoridad, aunque estén persuadidos de que dicho cero no se alcanzará nunca.

*

* *

Se puede, además, demostrar que es un bien que sea así, afirmación que algunos han combatido cuando declaramos que, llegados al cero de la autoridad, el objeto de la humanidad desaparecería.

Es fácil dar una fórmula matemática muy sencilla de la felicidad general.

Sea, en un momento dado, **p** el progreso realizado; **a**, la cantidad de autoridad existente. Puesto que la felicidad está en razón directa de **p** y en razón inversa de **a**, la fórmula de la felicidad **F**, será en aquel momento:

$$F = c \cdot \frac{p}{a}$$

Siendo **c** un coeficiente función de cierto número de cantidades finitas.

F aumentará cuando **p** sea más grande y cuando **a** sea más pequeña. Si ésta disminuye constantemente y **p**, por su parte, aumenta sin cesar, la felicidad general, **F**, aumentará igualmente sin interrupción.

Además, **p**, es decir, el progreso, no puede ser

infinito. Si pues a llegase a ser cero (0), la fórmula de la Felicidad general, en aquel momento, sería:

$$F = c. \frac{p}{0} = \infty$$

es decir, una cantidad más grande que toda cantidad, por grande que sea, o, en otros términos, que no sería ya susceptible de aumento.

El objeto de la vida habría dejado de existir.

TARRIDA DEL MARMOL



La Universidad de Concepción

El proyecto de fundar una Universidad en Concepción no ha sido una novedad del presente año. En discursos pronunciados en esta ciudad con motivo del quincuagésimo aniversario del Curso de Leyes del Liceo, por el Rector de la Universidad, don Domingo Amunátegui y por miembros del Consejo de Instrucción Pública, y en mociones elevadas al Parlamento, se ha considerado la creación del instituto universitario penquista como una necesidad y un poderoso elemento de progreso; mas, en ningún momento prendiera tal idea como en Marzo último. Una llama general de entusiasmo y confianza abraza a todas las almas.

El Comité que se organizó entonces, empezó a recibir adhesiones de todo el sur de la República. Los Municipios, los establecimientos de instrucción y las más preeminentes personalidades dejaron oír su voz de aliento e hicieron saber que prestarían su decidida cooperación al nuevo proyecto.

A todo esto se agregó la palabra favorable del Primer Magistrado de la Nación y del Gobierno en general.

Animado en sus esfuerzos, el Comité, por impulsos tan unánimes, entró a delinear cuáles serían los caracteres orgánicos de la nueva institución, y redactó el correspondiente proyecto de ley, inspirado en los conceptos que deben informar la vida de

una Universidad moderna. Que goce de personalidad jurídica y de cierta autonomía económica, son ideas básicas indispensables para que una institución de cultura pueda disponer de bienes propios que le permitan un crecimiento indefinido. Con lo dicho se entiende que la futura Universidad no piensa descansar exclusivamente sobre los recursos que le facilite el Estado, ni mucho menos. Se ha contado sólo con que el presupuesto fiscal establezca una subvención para atender a los gastos universitarios.

La autonomía económica que hemos mencionado constituirá el sólido cimiento sobre que se irán convirtiendo en realidad las concepciones que por ahora se presentan sólo como proyecciones para el porvenir; pero son concepciones que llevan en sí un germen de desarrollo inextinguible, porque han nacido al calor de un criterio amplio. No hemos pensado hacer obra de grupo, ni de secta, ni de partido. No vamos a fundar un instituto para formar prosélitos, mentes estrechas, apasionadas por cualquier dogma, sino espíritus independientes, disciplinados por el civismo y dotados de la capacidad de hacer el mejor uso posible de su libertad intelectual y moral. La nueva Universidad no irá a atacar nada de lo existente. Respeta por completo el edificio creado por la ley de 9 de Enero de 1879, y no se imagina que su existencia pueda ser una amenaza para institutos confesionales que levantan la bandera de un credo determinado.

La lucha de las diversas corrientes de vida, a menudo inevitable, a veces benéfica, debe revestir en la esfera de las altas actividades la forma de noble emulación, bajo una égida común de tolerancia mutua, actitud que se impone sobre todo en las funciones espirituales supremas, en las científicas, artísticas, filosóficas y religiosas. Así la contienda será sólo motivo de mayor creación. No iremos a decir

nosotros, para acreditar nuestro jardín, que la fuente y las flores del vecino están envenenadas. No iremos a asustar a las comadres del mercado con noticias terroríficas sobre los casos fulminantes producidos por sus legumbres mal regadas. ¡Ah, no! Abonaremos nuestra tierra con esmero, cultivaremos con cariño nuestras plantas; y el jardín abierto, como un lecho del sol, del rocío y de la brisa, abierto como un templo de la vida, ofrecerá libremente sus flores para que las abejas de la inteligencia vengan de todas partes a libar en ellas, si las encuentran buenas y elaboren con nuestro trabajo la miel que endulza la existencia. Los institutos de cultura deben pedir que se les midan sus méritos, no por las voces de una propaganda solapada, ni por el proselitismo apasionado, sino por el desinterés con que van tras la verdad, por la eficacia con que tienden a establecer la justicia y el bien, por la eficiencia con que moldean las almas, por su contribución al progreso social; y dentro de esta elevada escala de valores la competencia es un principio de beneficio general.

Creemos no haber descuidado en nuestro plan ninguna de las actividades esenciales de una Universidad que merezca el nombre de tal. Pensamos que pueda llevar a cabo investigaciones científicas de todo orden por medio de laboratorios y seminarios jurídicos, económicos y sociales; que prepare para las profesiones liberales y para algunas nuevas profesiones técnicas e industriales; y que sea un foco de difusión del saber por medio de la extensión universitaria.

Los organismos y las mejores ideas y proyectos rara vez siguen en su desarrollo una línea recta, y menos aún ascendente. Si ésta se mantiene por algún tiempo, luego llega el momento de las curvas de descenso, de las sinuosidades y de la detención.

Nuestro proyecto no se substraiga a esta ley.

¡Qué de objeciones se le empezaron a hacer a poco de haberse presentado con una fuerza expansiva que parecía irresistible!

Se dijo que, dada la cifra de nuestra población, no necesitábamos en Chile más universidades. Nuestro amigo el doctor Virginio Gómez, uno de los miembros más entusiastas del Comité, refutó esa aseveración y probó con datos estadísticos que Alemania, Francia, Suiza, Holanda, Estados Unidos y la República Argentina poseen no sólo en el número, sino relativamente a su población, una mayor cantidad de universidades que nosotros.

Se preguntó que de dónde se sacarían los profesores para la nueva Universidad. A esto se ha contestado que, habiendo dinero habrá profesores, porque, o se contratan en el extranjero, como se hizo cuando se fundó el Instituto Pedagógico, o, lo que parece mejor, se envían jóvenes chilenos a las universidades de los países más adelantados, a fin de que vuelvan capacitados para desempeñar el magisterio de la ciencia y de la educación superior.

¿Para qué dividir las fuerzas económicas de la Nación, se dijo también, fundando otra Universidad en el sur cuando aún nos hallamos tan lejos de tener todo lo que necesitamos en la de Santiago?

¿Será posible para hacer algo fuera de Santiago esperar que lo de Santiago se encuentre perfecto? Con este criterio no tendríamos ni escuelas, ni liceos, lejos de las orillas del Mapocho, porque, por muy adelantados que se hallen esos establecimientos en la capital, están muy distantes de ser una perfección en cantidad y en calidad.

Se ha dicho también que la Universidad es para las clases directivas de la sociedad; que por éstas se ha hecho ya bastante en Chile y que es menester ocuparse más de las clases populares.

He aquí un argumento falso, que se presenta amparado por la aureola deleznable de un democratis-

mo fácil. Por supuesto, ocupémonos de la educación de las clases populares. En buena hora; pero no se afirme que se ha hecho lo bastante por la cultura de las clases superiores, ni que la Universidad sólo sea para ellas. En verdad, de la Universidad salen o deben salir las clases directivas; pero ella no forma un establecimiento de privilegiados; sus puertas se hallan abiertas para los individuos de todas las esferas sociales que acreditan cierta preparación indispensable. Viene a ser así como el crisol donde de las mejores fuerzas de una democracia se funde el espíritu conductor de la Nación.

Mas no fueron estos argumentos los que causaron la detención de nuestro proyecto. Los enemigos de nuestra Universidad, porque hay que reconocer que los tiene, le pusieron la barrera del Parlamento. Hicieron saber que, o se fundaban de golpe cuatro nuevas universidades en la República, o no se fundaba ninguna, debiendo, además, dejarse la puerta abierta para que en adelante se crearan todas las demás que se quisiera, una vez reunida cierta cantidad de dinero.

Si imperara en nuestro país un régimen parlamentario racional, dentro del cual los debates tuvieran algún fin y una mayoría de legisladores pudiera en definitiva hacer lo que creyera conveniente para la patria, nuestro proyecto habría sido sin duda ley de la República, porque contaba con una gran mayoría favorable en ambas Cámaras.

Pero nuestro rodaje parlamentario no obedece a principios tan sencillos y obvios como los apuntados. El avance de una moción en el Parlamento chileno es como la marcha por desfiladeros estrechos en enreucijadas de montaña. Basta que un grupo de montañeses se lo propongan y son capaces de paralizar en sus movimientos quien sabe por cuanto tiempo a una columna entera de guerreros. Así en nuestras Cámaras un pequeño grupo puede reirse de la

mayoría y obstruir indefinidamente lo que quiera. Los obstruccionistas piden compensaciones por ceder, y parecen decir: o se paga derecho de peaje o no se pasa. A veces el peaje es tan subido que no es sino una manera mal disimulada de encubrir la obstrucción. Fué lo que ocurrió en el caso de nuestro proyecto. Seriamente no se podía aceptar la moción contraria, que era como una almáciga de universidades, y el Gobierno, sabedor de la obstrucción que se produciría, no creyó oportuno enviar al Congreso el mensaje sobre la Universidad de Concepción.

Este contratiempo produjo un abatimiento en el animo general, explicable hasta cierto punto, pero no justificado. Explicable, por la inconstancia del alma humana, tornadiza, voluble, que no es capaz de seguir un propósito con firmeza, sin sentir en el camino el descoyuntamiento de la fatiga; y explicable también por lo acostumbrados que estamos a esperar todo del Estado, y por la novedad y grandeza del intento.

En un principio daban a entender los interesados que ellos esperaban que la Universidad quedara hecha de una pieza antes de un año. Después de la obstrucción ocurrida no ha faltado quienes crean que tan bello proyecto ha sido enterrado para siempre. Ambas actitudes han sido exageradas.

Tanto los impugnadores como los desalentados, han olvidado que se quiere que la Universidad y el Hospital Clínico deban en gran parte su existencia a la iniciativa particular y a la de las comunidades, de suerte que no signifiquen un pesado gravamen para el Estado.

Nuestro proyecto tiene el mérito de abrir nuevas orientaciones a la filantropía y a la generosidad de los ricos. ¿Por qué no podemos tentar hacer en pequeña proporción algo semejante a lo que ocurre en los Estados Unidos de Norte-América? Los millonarios fundan allá, al parecer de una plumada, uni-

versidades e institutos superiores íntegros. Leland Stanford dió veinte millones para la Universidad de California; Pierpon Morgan destinó dos millones a la Escuela de Medicina de Harvard; Set Low creó la biblioteca de la Universidad de Columbia, que cuenta con un edificio monumental y 400,000 volúmenes; Wymann destinó doce millones a la Universidad de Princeton; en Harvard existe un precioso edificio que costó 200,000 dólares, obsequio de un filántropo que ha querido ocultar su nombre; Rockefeller envía todos los años, como regalo de Navidad, a la Universidad de Chicago, un cheque por un millón de dólares.

Ya veo que se dirá que las fortunas de los multimillonarios norteamericanos son colosales. Está bien. Pero si nuestros hombres de fortuna no están en situación de hacer donaciones de millones, podrían por lo menos hacerlas de miles, y si no hay uno capaz de fundar por sí solo una Universidad, pueden los aportes de varios coadyuvar a fundarla.

Los hechos no han desmentido hasta ahora estas halagadoras esperanzas. El generoso donativo de don Pedro del Río, a quien corresponde el honor de haber puesto la primera piedra de nuestro monumento, y la actitud ejemplar del Banco de Concepción y de la Sociedad Vinícola del Sur señalaron la senda por donde se puede llegar con seguridad a la creación de los institutos que anhelamos. Luego han seguido: la gran donación de la Compañía de Fundición Schwager de Coronel, las simpáticas dádivas del Concepción College, del Liceo de Niñas de Santa Filomena, del Colegio Americano, del Liceo de Niñas de Arauco, de las escuelas de Perquenco, del Centro Dramático del Liceo de Hombres de esta ciudad y del Comité Departamental de Coronel. Gracias a estas contribuciones, el Comité es dueño de 500 acciones del Banco de Concepción y tiene \$ 10,503.70 en depósitos. Hay fundados motivos para esperar

que esta suma se duplique en el primer semestre del año próximo, es decir, que llegue a \$ 100,000 más o menos. De esta suerte irá aumentando la fuerza económica que hará que el dictado de la ley orgánica de nuestros institutos sea irresistible. Entre tanto, aprovechando la pequeña renta de que vamos a gozar, se hará lo posible porque en 1919 funcionen algunos cursos cortos de interés técnico cultural.

El comité abriga un sentimiento claro y profundo de la responsabilidad que pesa sobre él, y continuará con perseverancia infatigable su obra constructiva.

Siente la múltiple importancia de la tarea en que se haya empeñado. Desde luego, para Concepción, que convertida en centro universitario, verá aumentar su población y su comercio y recibirá el sello espiritual que completará las bellas galas de su corona de metrópoli del sur. En seguida para la región meridional del país, desde el Maule y el Ñuble hasta la extremidad austral. Esta es sin disputa la zona más bella de nuestra patria; rincón por ahora apartado del tráfico del mundo y al parecer conservado por la naturaleza como un hermoso refugio para una humanidad futura más perfecta. ¡Cuántas de las cosas que arrebatan la admiración de los hombres en otras partes se encuentran aquí reunidas en maravilloso conjunto! Bajo un cielo de Italia se ofrecen a nuestros deleites lagos y montañas nevadas de Suiza, fiords de Noruega, ríos navegables, ciudades pintorescas y prósperas... A esta tierra privilegiada le ha tocado la suerte de ser poblada por razas que se han conquistado en la historia blasones de nobleza y heroísmo: la araucana, la hispana y las del norte de Europa. La naturaleza, que ya se ha mostrado pródiga, encierra, sin duda, tesoros de fuerza y de combinaciones que no es fácil calcular y que está reservado a la ciencia y a la técnica aplicadas a la industria poner en explotación. Asimismo, se es-

tán malogrando innumerables fuerzas humanas en los individuos que no encuentran las oportunidades de educarse. ¡Cuántos centenares de jóvenes de ambos sexos habrá habido y habrá en estas ciudades del sur, que se han perdido porque a causa de la falta de recursos no les ha sido posible trasladarse a Santiago a continuar su educación! Jóvenes dotados de talento, con anhelos de perfección, que, por carencia de institutos adecuados, no han podido adquirir una profesión liberal, industrial o técnica, y han pasado por la vida como autómatas inútiles, opacos, quién sabe si dañinos o viciosos, en lugar de ser personalidades eficientes y factores de mayor felicidad individual y social.

Una Universidad en Concepción puede contribuir a satisfacer estas dos clases de necesidades y al desarrollo de las fuerzas, tanto materiales y económicas como espirituales, en virtud de las investigaciones científicas desinteresadas o aplicadas que se lleven a cabo por medio de encuestas o en sus laboratorios, y gracias a las nuevas carreras que se abran para la juventud.

Tan grandes proyecciones no pueden envolver sólo una importancia regional y es justo asignarles valor nacional. No es indiferente para Chile que nuestra Universidad se funde o no se funde, y sólo espíritus muy menguados o muy sectarios serían capaces de afirmar que su creación pudiera ser un mal.

Dentro de la unidad del Estado es conveniente que los principales centros gocen de cierta autonomía, no sólo en lo relativo al gobierno local, sino en lo que se refiere a las manifestaciones de su vida espiritual superior, para que los individuos, fuentes primordiales de ideas nuevas, den de sí, gracias a la libertad de indagar y de pensar, todo lo que puedan en el campo de las ciencias, de las artes, de la filosofía, de la religión. De este fecundo florecimiento

de los espíritus resultan los descubrimientos, los inventos, las nuevas formas de belleza, las grandes concepciones innovadoras en los problemas trascendentales, y no se rompen por ello las líneas fundamentales de la vida cívica y moral, sino que se ofrece el espectáculo de la armonía en medio de la variedad. Así Alemania, Estados Unidos de Norteamérica e Italia nos presentan el ejemplo de la coexistencia armónica de una poderosa organización política y patriótica con una brillante variedad de universidades.

Chile, por sus características, si quiere dar realidad a todo lo que palpita en él en potencia, es uno de los países más indicados del globo para buscar dentro de la unidad la mayor variedad. Sobre la base sólida de unidad que nos ofrecen el mar, la raza, la forma de gobierno, la historia, las glorias militares y navales, y la educación en sus primeros grados, el territorio nos invita de una manera irresistible a la diversidad. El norte, el centro y el sur brindan diferentes clases de riquezas, dan lugar a distintas industrias y organizaciones del trabajo y presentan diversos problemas a la ciencia aplicada. El alma del artista no recibe las mismas impresiones en las pampas y desiertos del trópico que en los apacibles lagos y florestas de la región austral. Las variedades del suelo promueven variedades técnicas y en las creaciones espirituales.

La Universidad de Concepción vendrá a ser como un primer ensayo de intensificación de la vida nacional por medio de la cultura espiritual que dentro de los caracteres impuestos por límites regionales, alcanza irradiaciones generales y humanas. Será un hogar para las inteligencias y los corazones. La Universidad representa en nuestros días en un sentido ideal a aquellos antiguos templos en que se mantenía el fuego sagrado que necesitaba la ciudad. Cuando se extinguía el fuego en las casas, como era

difícil procurárselo, iban las mujeres con las manos extendidas a traer brasas sagradas para reanimar el hogar. Así suele apagarse en las almas el fuego espiritual que es confianza, esperanza, deseos de vivir; concepción clara de fines que den un sentido a la vida y sean estímulos placenteros para la actividad. Puede el alma reanimar su fuego espiritual al lado de un amigo, de una persona amada, de un libro. Pero el hogar común, el faro para todas las inteligencias, el refugio para los desorientados y el taller de los activos debe ser la Universidad, el principal templo en que se mantiene el fuego sagrado de las sociedades contemporáneas.

ENRIQUE MOLINA



En la Tarde

*En la tarde, cuando la luz se hace tenue
y mi vida ha vibrado en la jornada,
brota de todo mi ser la oración sincera:*

*Porque todo creador es grande,
porque toda actividad es fecunda,
yo te amo sol, ¡oh, padre máximo!*

*Y mi sangre exalta y bendice
al que crea un hijo,
al que planta un árbol,
al que escribe un libro.*

Y dice:

*Sé único, y fuerte,
de una fuerza insuperable,
que cada gesto te prolongue por encima de los siglos.
Es preciso ser, ser, ser,
para que la tierra no te ahogue en su seno grávido.
Es imprescindible amar la eternidad...*

*Porque todo creador es grande,
porque toda actividad es fecunda,
yo te amo, sol, ¡oh, padre máximo!*


Luego...

*En el silencio perenne, la voz de oro:
Es imprescindible amar la eternidad.*

Aún...
¿Acaso no es posible lo imposible?
Es imprescindible amar la eternidad.

Y en la senda florecida de auroras
canta mi alegría un eucaliptus-rey.

LUCIANO MORGAD



Moisés Vargas

Joven aún, cuando caía gloriosamente pleno el sol sobre su vida vigorosa, Moisés Vargas se ha dormido en la muerte, rodeado del amor de sus hijos y sus discípulos, la admiración y el aprecio de sus compañeros de estudio y de trabajo y la gratitud de su patria.

Hombre múltiple, desarrolló sus actividades extraordinarias en la cátedra, en el diario y en la administración pública, y en todo dejó la huella profunda de una voluntad inquebrantable y una bondad de corazón que harán perdurable su recuerdo aún en aquellos que no tuvieron la suerte de conocerlo.

Cerró sus manos generosas como el buen sembrador de la parábola. La juventud, que vió siempre en él a uno de sus maestros más queridos, habrá de mostrar al porvenir los frutos de la semilla que él derramó en los surcos de su corazón y su conciencia.

Aurelio Ramos

Sólo, lejos de su familia que ni siquiera supo la noticia de su muerte, ha caído este joven compañero, alumno del primer año de Leyes.

Humilde y bendadoso, hizo sus estudios en el Liceo de Tacna. Recibido de bachiller, comenzaba esta nueva etapa de su vida estudiantil, cuando una enfermedad, que hasta sus compañeros ignoraron, lo llevó primero al hospital y después a la muerte.

El Centro de Estudiantes de Derecho, acompañado de los amigos de las demás Facultades, condujo sus restos hasta el Cementerio.





Doloras (*)

I

A lo largo de la ruta, bajo el cielo ceniciento, busco un compañero de jornada y llega solícito un lánguido recuerdo que el paso del tiempo ha purificado y hecho cristalino.

Lo acojo con la más honda emoción y le doy vida con el calor de mi pecho.

Revive así, poco a poco, aquella lejana historia; mas, como una sierpe que no olvida su veneno, repite paso a paso su distante y cruel hazaña y por fin una vez más silba y hiere y hiere!

Hiere en el mismo sitio antaño elegido. Muerde el reborde de la cruz dejada por una vieja cicatriz. Hince sus dientes y desgarrar y abre nuevamente esa boca de dolor, enmudecida!

Ah! recuerdo, ampárame! Único compañero de jornada, no hay otros brazos que los tuyos. Entre tus brazos, exangüe, desmayo...

II

Acércate a mí, acércate! Más y más próxima; dame tu mano y por mi mano pasa a mi corazón.

Atiende a mis palabras temblorosas que caen en

(*) Acotaciones líricas a las "Doloras", poemas para piano, de Alfonso Leng.

el aire como pequeñas embarcaciones desbordantes de náufragos. Ellas van llenas de mis más puros sentimientos.

Acójelas! Sé, tú, el regazo de una blanda playa próxima.

Acércate! Acércate!

Pero; ¡ay de mí! si cuando tú pases a mi corazón y mire, después, en torno, me encuentre nuevamente solo.

III

Contemplan mis ojos este crepúsculo con toda el ansia de los altos ventanales, cuando reciben su fulgor y en él se incendian.

Pasa a mis pupilas la última llama del día y, como en un horizonte, el sol se hunde en mí y en mí muere.

Oh! campiñas olorosas a la tristeza del angelus, como vosotras, perfumadas a melancolía, van mi juventud y soledad a esta hora, en que aún no sabemos si la noche que viene, viene a quedarse para siempre entre nosotros.

IV

Oh! camino que debo recorrer; vano es para mí tu panorama cambiante. Imagen que no dejo de ver, latido que no ceso de oír, una obsesión trabaja mi pecho. Carcoma invisible, mi vida taladra mi propio corazón.

Pero he aquí que las negras nubes se abren y aparece una claridad azulina en el lejano infinito. Con cuánta avidez, como ave que escapa, mi mirada por entre las rotas nubes, huye.

Mas ya el viento se levanta, las nubes se cierran amenazantes, y mi mirada de esperanza queda tras las nubes volando perdida.

Oigo nuevamente el temblor de mi corazón que

palpita como un ciervo herido y prisionero. Y cuando llega la terrible certeza de que toda lucha es vana, lloro, más que mi propio dolor, el no ser capaz de sobrellevarlo y, algún día, hacer de él mi hermano.

V

Héme, por fin, viviendo un instante fuera del tiempo.

Mi cuerpo se aliviana, mi recuerdo queda ajeno a toda angustia y hasta mi tristeza está libre de dolor.

Perdura, oh! infinito instante sin medida; líbrame del río amargo del tiempo; manténme como una hoja loca que vuela en libertad.

No me dejes caer; sopla de nuevo; llévame contigo cada vez más alto.

Siento como la tierra, que abajo aguarda confiada, tira de mí con todas sus fuerzas.

Ayúdame! Ah! si tú pudieras mantenerme, para siempre, flotando en este ambiente puro, liviano y sin medida...

PEDRO PRADO



La Gimnasia sueca

y la Educación Física Biológica

(Comparación)

He aquí dos entidades que se disputan el campo de la Higiene y de la Pedagogía, y sobre las cuales estamos obligados a formarnos cabal concepto para dar la preferencia a aquella que esté más de acuerdo con el progreso.

Ambos sistemas están en bien distintas condiciones. La Gimnasia Sueca, prestigiada por lo más escogido de los hombres de ciencia del viejo y nuevo mundo, ha conquistado un rango envidiable en las esferas oficiales y se impone como un dogma intangible que todos debemos acatar so pena de pasar como heréticos o ignorantes.

La Educación Física Biológica, sin contar con esa brillante cohorte de protectores, tiene a su haber, sin embargo, una nutrida hoja de servicios, que a la primera hace falta y a la cual ni siquiera puede aspirar.

En efecto, la E. F. B. nació con los primeros impulsos de la vida, desde el momento en que apareciera en la superficie de nuestro globo terrestre. Fué el factor que presidió la formación de esa pléyade de gigantes que precedieron a las grandes civilizaciones del mundo; fué el elixir de larga vida que formó aquella legión de longevos cuyas edades

se contaban por siglos; fué el yunque en que se forjaron las nacionalidades de Grecia y Roma; la que modeló las formas atléticas del altivo salvaje que ha hecho célebres las legendarias selvas de Arauco y la que ha dado el molde a los bustos escultóricos que hoy podemos admirar en las orillas del río Nilo. Todo lo que vive en la naturaleza está subordinado a la E. F. B., porque ésta es el código que sintetiza las más importantes leyes de la vida: el roble gigantesco que se enseñorea en la selva, como el ave que busca asilo en la espesura de su follaje, no han tenido otra norma de desarrollo que la E. F. B., y el león que ruga en el desierto, como el elefante que agita el ramaje del bosque secular, o la astuta serpiente que entre la verde yerba acecha al antílope que atraviesa la pradera, o el enorme cetáceo que hiende las profundidades del océano, o los peces que se deslizan en sus cristalinas aguas, todos han crecido y desarrollado al amparo de la E. F. B.

La Gimnasia Sueca, nacida al calor del convencionalismo y fundada sobre la **Anatomía**, tuvo pretensiones de figurar en el campo de la ciencia un siglo antes, más o menos, que su contendora, la cual estaba obligada a prolongar su período de empirismo hasta el momento en que apareciera la ciencia que debía servirle de sólido e inamovible pedestal, constituida por la Biología, la que, como sabemos, es de reciente creación.

La sola enunciación de las ciencias que sirven de base a estos sistemas, nos da la índole que a cada uno de ellos caracteriza.

En efecto, la G. S., inspirada en la anatomía, pone todo su interés en desgarrar cadáveres para conocer a fondo los diversos músculos que dan movimiento a los distintos segmentos del cuerpo, detalles que la otra descuida enteramente, porque sabe que a la vida no se puede llegar sino por la

vida. Y mientras que la primera pretende por el cultivo del músculo llevar al hombre a su más alto perfeccionamiento físico, la última constata que la vida sólo es posible por el conflicto del organismo con el **medio** y que todo progreso, toda perfección física dependen exclusivamente de las victorias que obtengamos en este conflicto.

La G. S. estudió las leyes del desarrollo muscular, las que sólo conoce en uno de sus detalles. La E. F. B. da a conocer las condiciones que presiden a las victorias del organismo sobre el medio, lo que constituye, no solamente la esencia que regla las modalidades determinantes del desarrollo muscular, sino también el perfeccionamiento de todos los órganos y de todas las funciones.

Aquella da a conocer en sus distintas variedades las palancas que accionan en la máquina humana; la otra dedica sus cuidados al conocimiento de la célula que, no solamente es el motor que mueve esas palancas, sino también el artífice que las construye y las repara, cuando hay necesidad.

La G. S., al tomar como punto de partida el músculo, hace mérito de las **consecuencias** de la actividad orgánica. La E. F. B., al descender a la célula, que es el hogar de la vida, para imponerse de las condiciones que aseguren su actividad constructora, propone la fábrica para los órganos más robustos y para las mejores formas musculares.

La gimnasia de Ling se esmera en esclarecer el laberinto sin salida de la mecánica animal. La E. F. B. se preocupa de los órganos conquistadores del medio, así como de las fuentes de las energías en que éstos agotan la vida, y mientras que aquella relega a sus adeptos a locales cerrados para poner en práctica las conclusiones que le ha reservado el gabinete, ésta abandona aquellos lugares pestilentes, donde cada persona, por la actividad exi-

gida, vicia el aire por veintiocho, para optar por los patios, los sitios, la naturaleza, donde el aire puro, saturado de energías, así como la luz, vayan a compensar con creces las fuerzas gastadas en la actividad muscular.

La G. S. se arroga las facultades de ser eminentemente fisiológica, lo que es un grave error. La fisiología pura, como ella la considera, no puede existir sino como una abstracción, en que aparecen los órganos funcionando por sí mismos, sin tomar en cuenta el móvil que los impele, que es el **medio**. La E. F. B., en cambio, al tomar como base la biología, tiene que ser forzosamente fisiológica, porque la fisiología constituye una parte integrante de aquella ciencia.

Todavía, por su tendencia exclusivista de tomar como único punto de partida el músculo, la G. S. no tiene otro agente de cultura que el movimiento muscular, que aparece a primera vista como el soberano y excepcional estimulante del músculo. La E. F. B., sin descuidar este factor, le asigna el rango que le corresponde entre los excitantes de la célula, y estudia, por un lado, las mejores condiciones para que produzcan los efectos deseados y, por otro, el carbón ideal que le permita la proiongación de su funciones sin el menoscabo de la máquina que usufructúa su actividad.

La G. S., guiada por las apariencias, tiene métodos rigurosos que ponen sucesivamente en acción cada uno de los segmentos del cuerpo. La E. F. B., interesada en primer lugar en los centros nerviosos, que son los reguladores soberanos de todas las funciones orgánicas, descuida aquellos detalles para interesarse en las modalidades que afectan a los fundamentos de la vida, y en lugar de esa rigurosa progresión externa que fatiga y anula los centros nerviosos, escoge los movimientos generalizados, acompañados de placer, de entusiasmo y

de interés, realizados en un ambiente ameno y de aire puro, que en su sucesión tumultuosa y desordenada en apariencias, reúne en sí todas las condiciones que exaltan la vida y contribuyen al mejor desarrollo físico y al aumento de la salud del individuo.

La G. S., y con ella todos los métodos llamados fisiológicos, al presentar a la gimnasia como el desideratum de la Educación Física, se han hecho reos de ser los causantes del abandono de los juegos que constituyeron en sí casi la única gimnasia de nuestros antepasados. La E. F. B., en cambio, ha elevado estas formas de la actividad humana al rango de las manifestaciones vitales sancionadas enteramente por la ciencia, y ha hecho de la gimnasia natural de los juegos y deportes uno de los factores más importantes de que se vale la Educación Física para labrar la felicidad humana, pues sus fundadores han demostrado que, en esta materia, la única que procede científicamente es la **Naturalidad**.

La ciencia asigna a la Educación Física el importantísimo papel de ser el complemento de los ramos científicos enseñados en los establecimientos de instrucción y el antídoto de la fatiga cerebral que esos ramos engendran en el educando. La G. S., al descuidar los medios de captar las energías universales y las condiciones biológicas de la actividad muscular, no contribuye sino a aumentar las fatigas de la vida y a producir el **surmenage** escolar con las degeneraciones que le son propias. La E. F. B., por el contrario, toma en cuenta esos factores y llena completamente el interesante rol que en este punto le señala la ciencia.

La G. S., complicada hasta lo infinito por detalles enteramente convencionales, que no tienen nada que hacer con la vida y su perfeccionamiento, como son los estudios anatómicos, la mecánica animal,

la inmovilización de los segmentos, etc., se hace de tal manera difícil de aplicarla, que los más conspicuos de sus sostenedores declaran sin ambagé que sólo médicos especializados podrán sacar de ella los resultados deseables. La Biología, fundada, como sabemos, en las leyes naturales, aplicadas a las plantas por el **medio** y a los animales y niños por el propio instinto, lleva con su sencillez a todos los hombres la paz de la conciencia física, porque el labriego que ha hecho su faena diaria, el sportman que ha vuelto de su excursión, el alpinista que en medio de su inefable bienestar contempla extasiado los cuadros mágicos de la montaña, el nadador que ha terminado su sesión de lucha con el líquido elemento, el que ha puesto su piel desnuda a los effluvios del astro-rey, el que ha dado oído a la ciencia para elegir los alimentos más ricos en energías vitales y adaptados a su naturaleza, todos éstos, digo, sienten en lo íntimo la satisfacción de un deber cumplido, y si llegan a formar hábitos de estos actos, en poco tiempo se sentirán invadidos por los incomparables beneficios de la salud, y si estos hábitos se propagan hasta las masas, no tardaremos en asistir a la regeneración de los pueblos y ser testigos de su grandeza.

Quitad a los pupilos de la G. S. sus mentores, y los dejaréis reducidos a la nada, pues que tal gimnasia no puede existir sin los elegidos de los dioses. Suprimídselos a la Biología y veréis a sus adeptos seguir impertérritos por la senda de progreso marcada por la naturaleza, senda que siempre ha existido, pero que asequible antes sólo a las plantas, a los animales, a los salvajes y a los hombres superiores, a quienes guiaban las necesidades, los instintos y la intuición de la verdadera vida, la veréis hoy de improviso iluminada por la antorcha de la Biología, la cual, aplicada a la Educación Física, muestra el sendero de la perfección a todos

los hombres, sin distinción de clases ni gerarquías sociales: es el rol de la ciencia.

Si la G. S. es tan inferior a la E. F. B., se me dirá, ¿cómo es posible que esté prestigiada por lo más escogido de los hombres de ciencia y encuentra apoyo decidido en las esferas oficiales?

La explicación es muy sencilla. La ciencia, como las mareas, tiene sus altas y sus bajas. Alcanza sus períodos de auge cuando acude a cobijarse bajo el manto protector de la sabia naturaleza, y tiene su decadencia cuando, olvidando a ésta, trata de apoyarse en la aparente sabiduría humana, envanecida en los fuegos fatuos que de vez en cuando despiden los gabinetes de experimentación.

Es así como hemos visto a los hombres de ciencia entonar la apoteosis del tabaco, del alcohol y de la carne, haciendo de cada uno de ellos una panacea universal. Es así también cómo, con la consiguiente estupefacción de los criterios sanos, hemos visto elevarse al rango de agentes terapéuticos a la **glotonería** y a la **prostitución!**...

La G. S., al huir de la naturaleza y despreciar su fundamento lógico, constituído por la Biología, debe interpretarse como el resultado de una de las bajas mareas de la ciencia, y debe ser considerada como una de las tantas caídas de que ésta ha sido víctima, como uno de los tantos errores de los hombres que la prestigian, advirtiéndole que con éstos ha llevado también consigo a los hombres de gobierno: he aquí el por qué del oficialismo de esta gimnasia.

En una palabra, la indiferencia con que se mira a la E. F. B. no es sino la confirmación de la eterna paradoja formulada por Leo Herrera: "La verdad no difiere del error sino en dos cosas: es más difícil demostrar y mucho más difícil de hacerla admitir".

D. SALAS M.



Sobre las huelgas

¿Pueden las instituciones armadas reemplazar a los obreros cuando se declaran en huelga?—Un punto que estudiaremos detenidamente, por considerarlo de una importancia trascendental, y porque ya se ha producido entre nosotros, es si las instituciones de un país, Ejército y Marina, pueden, legítimamente, reemplazar a los obreros en huelga.

El caso se ha presentado no ha mucho en nuestro país, dos veces: en Iquique, en el mes de Octubre de 1916, con motivo de la huelga de los gremios marítimos, estibadores, etc., y en Magallanes y Tierra del Fuego, en Diciembre del mismo año, con motivo de la huelga de los obreros de aquellas regiones.

La medida gubernativa que ordenó el reemplazo de los obreros por la fuerza armada fué censurada por la prensa más autorizada de nuestro país. “El Mercurio” dijo: “No es prudente poner en reemplazo del trabajador que abandona sus faenas, un soldado y un marinero: este sustituto es un competidor que se hace odioso, y este odio cae, no sobre el individuo, sino sobre la institución entera a que pertenece: sobre el Ejército de la República.”

Al mismo tiempo, un representante del pueblo en la Cámara joven, el diputado señor Luis Malaquías Concha, llevó a esa rama del Congreso su protesta más enérgica por el procedimiento puesto en práctica por nuestro Gobierno. “La Opinión”

de esta capital, dando cuenta de la actitud asumida por el Congreso ya nombrado, dijo: “Estimó el señor diputado que el Gobierno debió ejercitar su acción, al declararse la huelga en Iquique, como amigable componedor, atendiendo las peticiones de los obreros y las razones de los capitalistas, y fallar lo que fuera justicia, lo que estimare conveniente.”

“Nada de esto—dice—ha hecho el Gobierno. Sin tomar en cuenta a los obreros, sin oírlos, ha puesto las influencias del poder en contra de los huelguistas, y ha ordenado que tropa del Ejército vaya a ahogar la huelga, poniendo a los soldados de la Patria, encargados de velar por el honor nacional, al servicio de los intereses particulares.”

“Soldados del Ejército—agrega—están en Iquique desempeñando las labores de los huelguistas, evitando así que un movimiento justo, que se desarrolla tranquilamente, pueda obtener los resultados que esperan los obreros.”

¿No piensan nuestros Poderes que semejantes medidas sólo sirven para ahondar más el antagonismo de clases y exacerbar los ánimos, puesto que el Ejército o la Marina no es otra cosa que el pueblo mismo? ¿No piensan que con semejante actuación atizan la hoguera que ya arde, pues es un hecho que en nuestro país poco o nada se ha hecho por la cuestión obrera, objeto en otras legislaciones de preferente estudio?

Tal medida es acreedora—y lo decimos con el respeto debido a nuestro Gobierno—a la más enérgica reprobación, por considerarla anticonstitucional y desprovista de toda base de justicia social. Y decimos que es anticonstitucional, por cuanto el Gobierno, en el ejercicio de sus derechos, no es ni debe ser el Gobierno de los capitalistas ni de los obreros, sino que debe representar el interés de la Nación políticamente organizada, de todos los chi-

lenos, como lo establece fehacientemente nuestra Carta Fundamental.

Tanto más censurables aparecen dichas medidas, por cuanto hay que reconocer que las clases asalariadas de nuestro país, día a día, van capacitándose más para estudiar y resolver los múltiples problemas que a ellas afectan; que día a día se orientan en las modernas doctrinas sociales, y tratan de dar orientación acertada y clara a sus actividades, dirimiendo por sí mismos sus cuestiones con los capitalistas. No queremos decir, con lo que hemos expuesto, que rechazamos en absoluto la intervención de las fuerzas armadas, reemplazando a los obreros en sus faenas cuando se declaran en huelga; nó, porque hay casos en que dicho reemplazo es indispensable, y es cuando se trata de suplir servicios sociales de primera necesidad para la colectividad.

A este respecto existe la doctrina ideada por Eliseo Reclús, teoría que ha sido aprobada por eminentes sociólogos, la que ha servido de guía, sobre el particular, en las leyes que se han dictado en los diferentes países del orbe.

Según esta teoría, los servicios públicos se dividen en dos clases: unos que se consideran de primera necesidad para la vida social, y otros que se consideran secundarios. Cuando una huelga afecta a los servicios secundarios, el Estado no debe intervenir en forma alguna. Cuando una huelga afecta a los servicios de primera necesidad, debe intervenir, pero en la siguiente forma: organizando de por sí, ya con la fuerza armada, Ejército, Marina, ya con trabajadores reclutados en cualquiera otra forma, la actividad del servicio que se trata de suplir para subvenir a la necesidad social, pero sin prestar en forma alguna, y bajo ningún pretexto, ayuda a obreros o a patrones.

Vienen en apoyo de lo dicho las palabras que

el señor Armando Quezada Acharán pronunciara en la Cámara de Diputados, al tratarse del caso de Magallanes, a que nos hemos referido, y que son las siguientes: "... Por eso creo que en el caso de Magallanes la conducta del Gobierno no ha sido feliz, no ha correspondido a este principio (se refiere a la imparcialidad de la autoridad) y merece, por consiguiente, ser censurada, porque no ha dado en forma alguna las razones superiores que justifiquen este procedimiento extraordinario."

En los casos particulares que venimos analizando, se ha colocado la fuerza armada de parte de los capitalistas. Además, si al intervenir la fuerza armada, su trabajo es remunerado, el papel propio que están llamados a desempeñar, se denigra y se desnaturaliza, presentándose el extraño papel de que marineros y conseriptos sirvan de mozos o de mandaderos dentro de una órbita de acción completamente ajena a sus obligaciones.

Por tanto, el hecho de poner nuestro Gobierno las instituciones armadas al servicio de los capitalistas salitreros en el Norte, y de los capitalistas estancieros en el Sur, es censurable, por cuanto viene a separar al pueblo del Ejército, con quien hasta la fecha ha simpatizado y el cual es su orgullo nacional; viene, sin darse cuenta tal vez, a aguijonear las doctrinas socialistas, que hoy—debido a la lenidad de nuestros legisladores para solucionar los innumerables problemas sociales que afectan directamente al pueblo—están echando hondas raíces entre las clases asalariadas.

El papel propio de la fuerza armada—salvo el caso en que se trate de un servicio de primera necesidad—es mantener el orden en las huelgas, garantizar el derecho de propiedad y la libertad de trabajo. Toda otra intromisión que no corresponda a los fines que dejamos establecidos, es injusta, porque viene a coartar el derecho a la huelga, derecho

tan respetable como la libertad de trabajo o como cualquiera otro derecho.

Sin ir más lejos, y para no salir de nuestro continente, el proyecto de ley sobre huelgas y arbitraje, presentado al Parlamento del Perú por el eminente sociólogo de aquel país, don José Matías Manzanilla, proyecto que está a punto de ser sancionado, en los artículos números 7 y 8 del título primero, que trata de las huelgas, establece lo siguiente:

“Art. N.º 7.—Se prohíbe poner a disposición del empresario a los miembros de la fuerza pública, para que sirvan de empleados u obreros durante la huelga.”

“Art. N.º 8.—Se prohíbe también, a las autoridades políticas que enganchen obreros o empleados para dedicarlos a la ejecución del trabajo de los huelguistas.”

He aquí lo que establecen sobre el punto en cuestión nuestros vecinos del Norte. ¡Qué diferencia de criterio entre ellos y nosotros! Y pensar que de la organización social más perfecta depende el poderío económico y moral de los pueblos!

HERNÁN BONILLA VICUÑA.



Los caminos ⁽¹⁾

Doy por cierto que mi lector recuerda bien su Derecho Romano, aquél que le enseñó sin duda algún adusto doctor muy latinista y muy católico, que se sabía de memoria todos los estrictos aforismos. O acaso guarda el ex-discípulo, como le ocurre al que esto escribe, una inolvidable impresión de cosa fuerte y bella, inculcada a la clase, poco a poco, por el maestro de palabra ática. Así, pues, y de todas maneras, libérome de la tarea de examinar los textos latinos, en taxativo afán de cotejo. Cada lector lo habrá ido haciendo, al pasar, habrá constatado analogías, habrá descubierto fuentes. Además, en el decurso de la obra, siempre que ha sido necesario, he marcado las similitudes salientes del Derecho Romano con el de los otros pueblos estudiados. Entiendo, en consecuencia, que está demostrada la verdad primordial de este libro: el Forum fué erigido con piedra ajena.

Ahora me propongo señalar los caminos por donde el Derecho oriental llegó a Roma. Pero surge ante todo la primera dificultad, que consiste en averiguar la razón de las coincidencias, o sea, si se traslumó en efecto el Derecho del Oriente en las costumbres romanas, o más bien la semejanza procede sencillamente de la producción análoga.

Según esta última hipótesis, la ingente copia de experiencia jurídica recogida por la humanidad prelatina, habría sido de todo punto supérflua. Roma

no habría heredado enseñanza ninguna de los pueblos predecesores, y hubiera tenido a su cargo la tarea exclusiva de elaborar su derecho en soledad. He aquí una tesis insostenible, ya que presupone, como condición previa, el aislamiento absoluto de los romanos. No hay muralla, sin embargo, capaz de encerrar a un pueblo, aparte que es propósito neto de las fuerzas que gobiernan al mundo, no producir acto ni cosa en vano: no hay acto que se magiore, no hay cosa que se pierda. El universo procede siempre con economía. Le basta con un solo árbol—como se vió en el símil de la higuera de las pagodas—para obtener una selva.

Basta considerar la posición histórica de Roma, para comprender que el *ius gentium* ha dado origen a todas sus instituciones de derecho. Y adviértase que quien dice *ius gentium* alude a todos los elementos extranjeros que actuaron en el Lacio. Las legiones latinas, a su vez, al salir de conquista hácia climas diversos, hacían la labor de la hormiga que viaja en busca de la hoja. De cada campaña, los legionarios volvían con provecho intelectual. Roma, por otra parte, atraía y deslumbraba. El forastero venía a la urbe con poco bagaje filosófico y jurídico; con él entraban sus costumbres, sus ideales, sus dioses.

Precisamente, el Derecho Romano fué ganando en equidad, en tanto que el *ius quiritií* se debilitaba, o, en otros términos, en tanto que el derecho propiamente romano se susbtituía por el derecho oriental. El primitivo *populus romanus quiritium* dió en sí una legislación de privilegio en que se legitimaba cualquiera especie de sordidez. Caracterizábase aquella sociedad utilitaria por su avidez de oro. De ahí que en materia de obligaciones de dar—y esto en los tiempos más benignos de las Doce Tablas—el deudor era la prenda de la deuda, volvíase un objeto, un objeto partible como un tronco de cedro. “Domi-

cilio del pueblo romano” llamaba el sarcástico Apio Claudio al chiribitil ominoso en que sufrían prisión sus deudores insolventes. El Digesto, por su lado, prevé el caso de que un Senador del Estado, luere con una casa cortesana: no se infamará por esto el alto dignatario, si la hace regentar por un esclavo... Tal fué el derecho bárbaro de los quirites, aquel mismo que daba a los padres amplia facultad de matar a los hijos. He ahí, leones, un trasunto de lo que debe ser vuestro derecho de la caverna.

En oposición a estas fórmulas, el pueblo heterogéneo fué alisando por el pedregal quiritario el camino de la equidad. No hubo reforma que no viniese de afuera, ya se tratase de buscar enseñanzas entre otros pueblos, como en el acontecimiento decemviro, ya la autoridad de los pretores interpretara en los edictos la voluntad popular.

Muchos fueron los caminos, por los que el Oriente influyó en Roma. Desde luego, por su origen ario, el pueblo romano llevaba en sí los primitivos rasgos de la stirpe. Su derecho más lejano nació en la casa. El culto de los antepasados, la ofrenda mortuoria, la noción del hijo del deber, la institución del pater familias, crean las primeras relaciones de hombre a hombre. El fuego, el sagrado Agni,—no importa que en Roma mude nombre,—es en todas partes el núcleo de la familia: él es el signo inequívoco de la felicidad, de la unión, del bienestar. La más remota rueda de camaradas se formó sin duda al amor de la lumbre. Por eso el fuego era el dios más cercano, el dios doméstico por excelencia. Su templo era la casa, su sacerdote el padre de familia.

La religión de los romanos en nada se diferenció de la religión griega, que, por su parte, era un derivativo de los cultos orientales. La religión, he dicho, es la sombra del derecho. Si esto es cierto, hay que admitir, asimismo, que cuando Roma aceptó las creencias helénicas, orientales en el fondo, las

recibió con las ideas jurídicas que iban implícitas a ellas. Mas, si había semejanza entre los mitos populares latinos y los mitos populares del Oriente, cabe afirmar que entre la gente de alcurnia de todos los pueblos existía una perfecta hermana de doctrina religiosa. Fundábase ésta en sólida base científica, mediante cuya clave se explicaba el concepto superior de la vida, abarcando en un sistema tan hondo como diáfano las grandes causas cosmogónicas, la razón oculta del destino humano, la fatalidad de las reencarnaciones, la justicia inherente a la palingenesia, dogmas abstrusos que revelaban los maestros, en las ceremonias simbólicas de los misterios.

Vinculados por esta filosofía universal, han fraternizado en todos los tiempos los hombres más sabios de las distintas épocas, sin que hubiera mares ni desiertos capaces de interrumpir el hilo de oro de su efectiva solidaridad. Esta, a que aludo, es la misma religión que hacía decir a Herodoto: Hay razones recónditas que no debo expresar; es la misma que comenta el Ramayana, la misma que eterniza el Bagavah-Gita; es la misma en que Platón era llamado "el que nació dos veces"; es la misma que daba calofríos a los neófitos del Eleusis ante los portentos del viaje metafísico de Hades; es la misma que obscurece de pronto el verso claro de Homero; es la misma cuyos principios sintetizan las pirámides; es la misma que en Karnak cobró estupendo contorno de maravilla; es la misma que dió a Roma un nombre esotérico que todavía no conocemos y que no conoceremos nunca; es la misma que a Salomón le hizo abrir las puertas de Jerusalén a todos los dioses de la tierra; es la misma, en suma, en cuya virtud exclamaba Jesús: En verdad os digo que Elías ha vuelto...

Ahora bien, los iniciados fueron siempre escogidos entre los elementos de mayor renombre, o sea

entre aquellos hombres influyentes en su pueblo. La religión, así, ha sido uno de los caminos que recorrió el Derecho de Oriente para llegar a Roma.

Por otra parte, la antigüedad ha vivido en permanente comunión. Cuando Europa no había despertado aún a la civilización, ya el Oriente comerciaba, ya los fenicios se hacían al mar en sus bajeles de ancho casco. Después, incorporados los helenos a la vida superior, su primer esfuerzo consiste en hacerse marineros; dan toda la vuelta del Ponto Euxino, y tanto se aficionan a la aventura neptúnica, que su fama de piratas se difunde por las aldeas ribereñas. Más tarde los rodios "crearon el primer código marítimo que pasó en seguida a las leyes romanas". Los nombres de todos los faraones, de todos los reyes que distingue la historia, nos documentan migraciones, guerras, intercambios. Luego la filosofía griega, y a poco la romana, nos demuestran a través de las diferentes escuelas, cómo había prendido en el espíritu greco-latino la simiente del pensamiento oriental.

Fué el cristianismo otro de los caminos. Cuanto en él había de trascendente y de eterno era oriental. Su ideal religioso coincidía en pureza con las antiguas religiones. Sus principales capítulos eran los mismos que otros maestros habían enseñado muchos siglos atrás a los hombres. Es erróneo suponer que el cristianismo haya traído algún ideal nuevo para la humanidad; ya todo estaba dicho. Su doctrina repitió de manera incompleta la lección del budhismo, como que Jesús está en Budha en la relación de la parte al todo. Sin embargo, la idea oriental del cristianismo contribuyó también a dar al derecho elementos firmes de equidad.

Así, de modos diversos, los pueblos se han comunicado siempre unos con otros por todos los caminos. Intuición luminosa debió ser, en efecto, la de aquel hachador que con su hacha de piedra des-

gajó por la primeza vez una maleza para abrir un camino en la selva; o la del aquel bajelero que por la primera vez se alejó más que otros de la costa. Hasta será cosa de alabar la guerra y la codicia, puesto que del entrevero de los gladiadores o de los mercaderes, sobrevino siempre entre los hombres parentesco tan cierto como el de la semilla con el surco.

La confraternidad es la ley de la vida. Se lee en la Orestíada que Agamenon había prometido a Clitemnestra anoticiarla de la caída de Troya, no bien la tomaran los aqueos, de modo que ella conociera la nueva en el curso de la noche. No había, sin embargo, mensajero tan milagroso que pudiera recorrer en pocas horas las llanuras, las colinas, las selvas y los mares que median entre Ilión y la Argólida. El atrida se ingenió sutilmente. No bien cayó Troya, mandó encender una hoguera en lo alto del monte Ida; poco después, en dirección hacia la Argólida, ardía una nueva llama mensajera en el promontorio de Herme; en medio de la noche, a través de las leguas, es recogido el aviso de la llama por lejanos pobladores y una nueva lumbre ondula al viento en la cumbre del Athos; luego, allá lejos, siempre hacia la Argólida, ardía el fuego anunciador en la cima consagrada a Zeus. El mar estaba de por medio, pero la noche era negra; y la llama monstruosa trepaba como montaña en incendio al firmamento. Al cabo, en la otra orilla, chisporroteó también la hoguera sacra en las rocas de Macisto, luego junto a las aguas melancólicas del Euripo, luego en los secos zarzales de Messapio, más tarde en la cima de Citheron, después en la cumbre del monte Egipacto, finalmente en la desnuda soledad del Aracneo. ¡Cayó Troya! exclamaron los centinelas de Clitemnestra desde las atalayas del palacio atrida. Agamenón había cumplido su palabra.

Este suceso debió regocijar a la tierra, como

que ella celebra todas las formas de la solidaridad. La tierra ama todos los caminos, desde la carretera ancha y polvorienta, por donde pueden pasar de a cien en fondo los fieros hoplitas de la falange, hasta el sendero en quietud por donde, de una en una, vuelven las ovejas a la majada, en la paz del atardecer.

ARTURO CAPDEVILA.
(Argentino)

(1) Con este interesante capítulo de *Dharma* (Influencias del Oriente en el Derecho de Roma) presentamos al público chileno un nuevo aspecto de la personalidad del joven y admirable escritor transandino, conocido ya por el estudio que sobre el poeta leyó Ernesto Guzmán en el Ateneo. Además de *Melpómene*, poemas, Capdevila ha publicado *La Sulamita*, obra teatral estrenada con buen éxito por el malogrado Jambrina y favorablemente comentada por la crítica.

Con tan bello capítulo de Capdevila iniciamos una serie de escritores contemporáneos extranjeros.



Don Crescente Errázuriz ⁽¹⁾

Entre los nombres que se han dado para la mitra de La Serena ha sonado también el de don Crescente Errázuriz.

El señor Errázuriz es indudablemente una de las mayores ilustraciones de este país.

Recibido de abogado a los veinte o veintiún años, se le nombró luego profesor de uno de los ramos de la Facultad de Derecho de la Universidad.

Perteneciente a una de las familias más ilustres del país, pronto se formó un nombre, una reputación, una notoriedad en el Foro y en la Cátedra.

Parecía iniciarse bajo los más brillantes auspicios en la vida civil, cuando un día, inopinadamente, se despojó de la levita y vistió la sotana.

Se creyó vislumbrar alguno de esos dramas íntimos, sin escenario, sin espectadores, sin crítica, sin publicidad.

Se creyó ver también el influjo de la deferencia intensa, cordial, emocionante, casi apasionada, que el señor Errázuriz tuvo siempre por su ilustre pariente, el Arzobispo Valdivieso.

Como quiera que fuese, lo indudable es que el clero de Santiago hizo una valiosa adquisición.

Con cierta prisa por aprovechar luego las notables aptitudes del recién llegado, lo nombraron enseguida Promotor Fiscal eclesiástico y profesor

de una de las asignaturas más importantes del Seminario.

Encontrando que aún no sacaban bastante partido de las facultades excepcionales del señor Errázuriz, y con el fin de aprovecharlas en la forma más intensiva, le confiaron primero la dirección de "La Revista Católica", y después la de "El Estandarte Católico", que conservó hasta el fallecimiento del señor Valdivieso.

Fué así como el señor Errázuriz hizo durante unos quince años intensa vida de diarista.

No mostraba las intemperancias, los odios, las insidias de la mayoría de los periodistas o polemistas clericales.

Al renunciar a la levita del caballero por la sotana del clérigo, el señor Errázuriz no creyó que se obligaba a renunciar también a sus inclinaciones, a sus hábitos, a sus sentimientos de gentil-hombre.

Fué así como los grandes publicistas liberales de aquella época, especialmente Amunátegui y Vicuña Mackenna, encontraron siempre en el señor Errázuriz un adversario digno, urbano, cortés.

Absorbido en sus tareas de fiscal eclesiástico, de profesor del Seminario y de la Universidad, y de director y redactor principal de "El Estandarte Católico", el señor Errázuriz encontraba tiempo todavía para escribir obras de aliento y de importancia.

En efecto, publicó una obra erudita titulada "Los Orígenes de la Iglesia Chilena", llena de interesantes datos; un compendio de Derecho Canónico para uno de sus alumnos y una obra histórica de intenso colorido, que tituló: "Seis años de Historia de Chile".

Esta última obra que, aparte de su importancia histórica, es de indiscutible mérito literario, le valió al señor Errázuriz la designación de individuo correspondiente de la Academia Española.

Pero, aún envuelto en el manto de sacerdote, parecía que el señor Errázuriz no se sentía bastante desligado del mundo. Desposeído ya de su númen tutelar, el Arzobispo Valdivieso, que había bajado al sepulcro, el señor Errázuriz parecía sentir aún más intensamente las inclinaciones a una vida de reposo, de retiro, de recogimiento, de meditación.

Fué así como un día se dirigió a los alrededores de Santiago, llegó a las puertas de la Recolectión Dominicana, y pidió un asilo en los claustros de ese convento colonial. Acaso, como el ilustre desterrado de Florencia, buscaba la paz!...

En las funciones modestas de **bibliotecario**, el señor Errázuriz fué desde su llegada la primera figura de ese convento célebre. Le pasaba lo que al Duque, respecto del cual Sancho observó socarronamente a Don Quijote, que donde quiera que se sentase estaría la presidencia!...

Bajo la dirección del señor Errázuriz, la biblioteca de la Recolectión Dominicana ha llegado a ser una de las más importantes del país.

Y se diría que el burdo sayal del monje no logró ahogar en el señor Errázuriz los instintos, las inclinaciones, los gustos de gran señor. Bajo sus auspicios, el templo de la Recolectión Dominicana, con su artística profusión de mármoles, de vidrios de colores, ha llegado a ser uno de los más suntuosos de Sud-América.

El señor Errázuriz debe ser un alma exquisita. Sus ocios del convento los distraía escribiendo un hermoso "Mes de María del Rosario". Parecería imposible llevar más lejos la poesía vaga, el encanto indefinible de las plegarias, de los himnos religiosos, de los efluvios del misticismo.

No sabemos que el señor Errázuriz sea músico; pero merecía ser también el autor de la música de esos himnos; pues el conjunto: música y letra, parece algo inseparable, que tiene mucho de tierno,

de impresionante, y que es a un tiempo gorjeo, lamento, nostalgia, esperanza, anhelo, ilusión.

Se hubiese dicho que estaba escrito que el señor Errázuriz no terminaría sus años entre los muros al parecer tutelares y apacibles del convento.

Llegaron también hasta ese retiro los ruidos de las competencias del mundo.

Un día el señor Errázuriz se despidió de sus monjes y reapareció como un **revenant** por la calle de Huérfanos, envuelto como en una toga, en el negro manteo del simple clérigo.

¿Qué había, pasado?

En su delicadeza de gentil-hombre, dió a entender que había dejado el convento por motivos de salud.

Pero el público inteligente y discreto creyó vislumbrar otra causa.

Eran los años en que el Internuncio, señor Enrique Sibia, había emprendido la liquidación de los valiosos bienes nacionales que se hallan confiados a las congregaciones religiosas de Chile.

El señor Errázuriz no podía hacerse cómplice de ese despojo.

Por espíritu de cuerpo—quizás más bien por delicados escrúpulos de gentil-hombre—no podía tampoco ponerse frente al Internuncio.

Prefirió salir del convento adonde había ido a buscar la calma, el reposo, la paz. Y se fué digno, tranquilo, silencioso, sin despecho, sin odio, sin rencor.

Cuando, fuera ya del convento, el señor Errázuriz parecía fatigado por los años, por los trabajos, quizás también por las decepciones, he ahí que da a luz un hermoso libro histórico: "Chile sin Gobernador".

En este libro—la mejor talvez de las obras históricas que han salido de su pluma—el señor Errázuriz pinta en páginas vibrantes, de intenso colorido

do dramático, ese período en que, por haberse ido Pedro de Valdivia a buscar auxilios al Perú, la naciente colonia de Chile quedó sin gobernador.

Comprendemos que escritores eminentes son sólo iguales a sí mismos. Por eso, sin pretender buscarle al señor Errázuriz precursores o maestros, sin querer hacer comparaciones pedantescas, nos atreveríamos a insinuar que, sobre todo en su última obra, recuerda a Michelet: por su poderosa facultad de evocación de las épocas pasadas, que le permite como hacerlas revivir con su ambiente, sus costumbres, sus personajes, sus hábitos, sus modalidades, su color local.

Parece indudable que el señor Errázuriz llegará a la posteridad principalmente en cuanto grande historiador.

Es talvez el único con quien la escuela teológica—llamémosla así—podría contrapesar a nuestro Barros Arana.

En efecto; aparte de las grandes obras de aliento que hemos citado, ha contribuído también al estudio de la historia nacional con numerosas investigaciones y artículos que andan esparcidos en revistas, en diarios, en folletos.

Ahora el noble anciano declina ya en la tarde, envuelto en tonalidades de ocaso, rodeado de respeto y simpatía.

En sus momentos de reposo, de día a la sombra de los árboles, de noche al resplandor de la luna, ¿no le vendrán recuerdos de su juventud?

Y en la lejanía de los recuerdos, ¿no irá percibiendo borrosamente miradas, sonrisas, encuentros inesperados?

Y en estos momentos de evocación del tiempo que fué, ¿no sentirá nostalgias, escalofríos, enternecimientos súbitos, emociones indefinibles?

¿No experimentará en ocasiones esos desfallecimientos que al término de la jornada deben sentir

las almas superiores, cuando han gastado su existencia en una orientación exclusiva?

¿No habrá llegado al fin a tener como un sentimiento vago de la vanidad de la vida, y a envolver por momentos en una mirada de escepticismo todo, incluso su misma existencia noble y austera de historiador, de apologista, de cenobiarca?

Del espectáculo de la cambiante movilidad maravillosa de todo lo que existe, ¿no le habrá parecido a veces que se desprende como una ironía objetiva y soberana, que sonrío maliciosamente de las existencias encauzadas en una orientación exclusiva?

Porque, ciertamente, el señor Errázuriz y sus monjes dominicanos, con sus cabezas rasuradas, sus hábitos blancos, su basílica deslumbrante de mármoles, de mosaicos, de vidrios de colores, representan un aspecto de la vida. Pero representan también aspectos de la vida—y quizás mucho más interesantes—la niñez que juega, la belleza que sonrío, el heroísmo que combate y muere por un noble ideal de emancipación y de progreso.

Ciertamente, hay una poesía sencilla y conmovedora en los himnos y plegarias del “Mes de María del Rosario”. Pero hay también poesía—y quizás mucho más impresionante—en las golondrinas, emigrando cuando se anuncia el invierno; en los campos, cubriéndose de flores cuando vuelve la primavera.

Como quiera que sea, no podrá desconocerse que el ilustre anciano, por su obra extraordinaria de historiador y hombre de letras, sale de los estrechos límites de una secta, y entra en los dominios amplios, talvez ilimitados, de la cultura general humana.

Ahora han ido a buscarle en su ocaso apacible para ofrecerle el Obispado de La Serena.

Se dice que la iniciativa de ese ofrecimiento na partido del Presidente de la República.

Se comprende.

Se vé algo de anómalo, de irregular, de extraño, en que, ya que un hombre de la importancia del señor Errázuriz ha abrazado el estado eclesiástico, no haya alcanzado en ese estado las más altas dignidades.

Así no es raro que el señor Sanfuentes haya creído que debía usar de sus altas funciones de Patrono de la Iglesia de Chile, para ceñir a las sienes del señor Errázuriz, nimbadas ya con los lauros académicos, la mitra majestuosa del Obispo.

Pero el señor Errázuriz no puede ser Obispo de La Serena. Se lo impide no tanto su edad avanzada, cuanto su delicadeza de gentil-hombre.

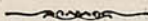
Pero consolémosnos, volviendo a acordarnos de Sancho en el comedor de los duques. El señor Errázuriz, con o sin mitra y donde quiera que esté, es la primera figura del clero chileno!

ANTONIO PINTO DURÁN.

(1) A la muerte de don Ramón Angel Jara, Obispo de La Serena, publicó el señor Pinto Durán una necrología a su memoria e hizo la semblanza de sus probables sucesores, entre los cuales se contaba don Crescente Errázuriz. A pesar de tratarse de publicaciones un tanto distantes, muchas de ellas conservan todo su interés, por la manera nueva con que el autor las desarrolló. En vista de ello, y autorizados por el señor Pinto Durán, a quien agradecemos su deferencia por la Revista, reproducimos uno de esos estudios.

**Botica y Droguería
ITALIANA**

Huérfanos, 1020



Atendida por un
cuerpo de Quími-
cos Farmacéuticos
de la Universidad
□□ de Chile. □□



**Precios especiales
para Federados**



El Catolicismo

No quiera Dios que desconozca jamás la grandeza del catolicismo y la parte que le corresponde en la lucha de nuestra pobre humanidad contra el mal y las tinieblas.

¡Cuánto bien salta aún de las turbias aguas de esa fuente inagotable, donde el hombre ha bebido tan largos años la vida y la muerte! Todavía, en esta época de decadencia, y a pesar de errores extremados con una obstinación inaudita, el catolicismo da pruebas de una asombrosa vitalidad.

¡Qué fecundidad en su apostolado caritativo, cuántas almas excelentes entre esos fieles que no sorben en sus pechos sino la leche y la miel, dejando a otros la hiel y el veneno! ¡Cómo, a la vista de sus tiendas alineadas en la planicie, en medio de las cuales se paseo aún Jehovah, nos sentimos tentados, con el profeta infiel, a bendecirlas, exclamando: “¡Cuán bellos son tus pabellones, oh Israel, qué deliciosa tu morada!” A pesar de los límites inflexibles que pone la Iglesia a cierto grado del desarrollo intelectual, ¡cuántos espíritus le deben la luz y sin las fundaciones religiosas permanecerían sepultados en la vulgaridad o en la ignorancia! ¡Dónde encontrar institución más venerable que el Seminario de

San Sulpicio, imagen de las antiguas costumbres, escuela de honradez y de virtud, inspirada en Francisco de Sales, en San Vicente de Paul, en Fenelon?

Aún en esa mezcla un poco frívola del catolicismo y los restos de nuestra vieja sociedad, madre del neo-catolicismo necio, ¡cuánta distinción, qué atmósfera pura y honesta, qué ingenuo esfuerzo hacia el bien! ¡Ah! guardémonos de creer que Dios ha abandonado para siempre a esa vieja Iglesia. Rejuvenecerá como el águila, reverdecerá como las palmas. Pero antes, es preciso que el fuego la purifique, que sus bases terrenales caigan, que se arrepienta de haber puesto su esperanza abajo, borre de su soberbia basílica el **Christus regnat, Christus imperat**, y no se crea humillada cuando ocupe en el mundo una posición que sólo sea grande a los ojos del espíritu.

ERNESTO RENÁN



Desde la Ventana

*El campo soñoliento, mudo y triste,
me sentimentaliza y me conmueve:
sobre el suelo plomizo llueve, llueve
y se ensombrece todo cuanto existe.*

*Un rebaño atraviesa los confusos
senderos enlodados. Las neblinas
emborronan las chozas campesinas,
con sus tules movibles y difusos.*

*Yo contemplo la tarde entumecida
recordando a la ausente prometida
que halagó con su amor mi edad primera;*

*y mi negro pesar es tanto, tanto,
que hasta la lluvia gris vierte su llanto
sobre el turbio cristal de la vidriera.*

F. CAVAGNARO HERRERA

F. C. H.—Es una alta promesa este novel poeta que se inicia en el campo de las bellas letras con las más halagadoras esperanzas. Es muy joven todavía, y no hace dos años aún que ha recibido el espaldarazo de las musas, pero su labor hasta ahora realizada es digna de nuestro elogio, ya que en toda ella se presienten los gérmenes de un poeta altísimo y ecúanime.

Vive en una hermosa ciudad del Norte, en Tacna, y su poesía toda está impregnada de la suave melancolía y de la paz eglógica y virgiliana de aquellos lugares.

El soneto que aquí publicamos confirmará nuestra opinión.



Tipos, sentimientos, ideas . . .

EN LA FEDERACION DE ESTUDIANTES.— Lima, Noviembre.

Esta tarde se reunía la Federación de Estudiantes de Lima en su local de la Universidad de San Marcos. La concurrencia, numerosísima, rebosaba del salón central, difundiéndose por las salas adyacentes. Yo, de incógnito, esto es, callando mi calidad de chileno, ocupaba también mi plaza entre esa correcta y adonogada multitud que a mi alrededor comentaba los acontecimientos del día con ese hablar característico peruano, sedante, ensortijado, impecable, como cabellera africana bien cuidada.

Ocurrían hechos de importancia. La designación de "Maestro de la Juventud", recaída en don Augusto Leguía, designación que había provocado censuras en algunos círculos, en atención al alcance político que envolvía; las finas estocadas de ironía con que Mont-Calm profanaba el prestigio oratorio del senador Cornejo, ídolo nacional; los desórdenes de Iquique, a raíz de un movimiento chileno-filo pro-anexión de Tacna y Arica; y los acontecimientos de Europa, de los cuales el Perú espera obtener ventajas, preocupaban, y preocupan, la atención pública. Los estudiantes, quinto poder del Estado, se pronunciarían sobre estos sucesos.

El Perú se apresta para la próxima lucha presidencial, que promete ser muy reñida. No hay ca-

ballero que se respete que no se haya creído en la obligación de presentarse como candidato. El ejército, árbitro en gran parte de la lucha, intranquiliza a unos y otros de los contendores. A quien se señala como el más probable vencedor es a don Augusto Leguía, muy "conocido" allá en Chile. Pues bien, en esta situación, la Federación de Estudiantes ha proclamado oficialmente al señor Leguía "Maestro la Juventud". **Maestro de la Juventud**, ¿han llevado sienes de hombre corona mejor? Obtener un premio Nobel, ser **poet laureate**, no alcanza a tal magnitud. Sólo las frentes de un Sócrates, de un Marco Aurelio, de un Zola, de un Emerson, de un Guyau, de un Ibsen, de un Rodó,—los héroes de la idea,—pueden merecer el lauro solemne de Maestro de la Juventud. En el Perú, lo merecen agudos y avezados políticos: por ejemplo, el señor Leguía.

.....

¿De qué habla ese mozo alto, cadavérico, de negra melena rizada, que todos le escuchan extasiados, la respiración contenida? Toca aspectos de la Gran Guerra. Los italianos han recuperado las provincias irredentas. Por cima de la tragedia de Europa se despunta el bíblico Arco-Iris de la Paz. Con sangre se va escribiendo un código de moral internacional. La fuerza del derecho no ha de ser mera utopía. Wilson, el jefe de la nación que a dentelladas ha destrozado a Centro-América, (ésto lo digo yo), Wilson, desde el ciclópeo anfiteatro que le ofrece un continente, proyecta sobre la humanidad doliente firmes promesas de días mejores, porque en ellos habrá un poco de justicia. El cadavérico tribuno propone transmitir al Presidente norte-americano un homenaje de admiración por el triunfo de sus doctrinas de justicia internacional, que constituyen, a juicio de los estudiantes del Perú, la salvaguardia de los derechos de este país sobre Tacna, Arica... y Tarapacá.

—Chile grita, más bien que habla,—demasiado fiado en el derecho de la fuerza, quiere intimidar con baladronadas a nuestros gobernantes pusilánimes. Chile quiere demostrar que está dispuesto a tratarnos con la punta de la bota, de la bota prusiana que grotescamente desea pasear, en loco anhelo imperialista, por el suelo de América. Somos más débiles,—continúa;—no tenemos por qué callarlo. Chile se ha preocupado más que nosotros de equiparse para contingencias bélicas. Por lo mismo que basa su prosperidad en la conquista! Pero defendéremos incansables, hasta el fin, nuestro derecho, que es el derecho de los débiles, a no ser robados por los fuertes! Los tiempos cambian. Las naciones ya no se distribuyen con el sable, a tajadas. Si es preciso morir, muramos de pié!

La concurrencia rebulle frenética. Se encandilan los ojos del orador. Yo, yo mismo, me estremezco...

A lo largo del Jirón de la Unión una densa columna desfila vitoreando la recuperación de Trieste y Trento. Las legiones garibaldinas, de sombrero empenachado, clavaron ayer la bandera italiana en las provincias que el austriaco había sojuzgado durante largo tiempo. La simpatía de la causa italiana me atrajo, y formé, vibrante de entusiasmo, entre unas damas de la Compañía Lírica Italiana y unos cuantos estudiantes peruanos que, a fuer de cultores de lo bello, saben situarse sabiamente en los desfiles...

—¡Viva Trieste y Trento!—claman los patriotas italianos de Lima (o, mejor dicho, los italianos de Lima que no fueron suficientemente patriotas para atreverse a ir a pelear a los campos de Europa).

Una lógica asociación de ideas mueve a los manifestantes a vivir, luego de hacerlo en honor de Trieste y Trento, a Alsacia y Lorena, las provincias irredentas de la Francia.

Y los estudiantes peruanos, que, salidos de sesión, concurren en masa al desfile, como no pierden ninguna ocasión propicia, a la vez que acompañaban a las colonias aliadas en sus regocijos, prorrumpieron (y quien lo inició marchaba a mi lado, ¡oh ironía!), prorrumpieron en un formidable vocerío que reclamaba la restitución de Taena y Arica, “nuestras comarcas irredentas”.

La manifestación aliadófila se convirtió, pues, en manifestación anti-chilena.

Entonces, yo, con amargura, hube de abandonar las filas.

LOS QUE SE VAN A ESTADOS UNIDOS

En un pueblo del sur conocí a un estudiante que, deseoso de irse a los Estados Unidos, componía calzado en las horas libres, a fin de reunir los recursos indispensables para el viaje.

—Esta media suela me dará para un almuerzo,--- me decía sonriendo, mientras golpeaba con el martillo el enorme zapato rojo de su profesor de Inglés.

A menudo se me viene a la memoria el caso exaltador de ese mozo decidido, que desentendiéndose de gazmoños prejuicios, descuidando sus estudios académicos de humanidades, remienda zapatos para puntar dinero y poder, así, abandonar un día la tibia del hogar confortable, con rumbo a ese nuevo Eldorado que son, hoy por hoy, los Estados Unidos.

—¿Por qué no esperas algunos años, y te vas, titulado ya, a Norte-América? ¡Después te pesará haber cortado los estudios!—argumentaba la familia.

¡Cortar los estudios! Las familias, las familias prefieren que un muchacho corte sus ensueños y nó que corte sus estudios! A la familia le preocupa que el hijo luzca una placa de bronce al lado de afuera de su casa. Se quiere que el hijo sea profesional; no

que sea lo que está llamado a ser. Ha de ser lo que la sociedad en que vive considera de buen tono. Funesto error. Por apego a la moda, el mundo está lleno de actores que representan papeles que no les corresponden. Es así cómo individuos que nacieron para rufianes, se desentienden de esta vocación y entran a desempeñar, pongamos por caso, labores legislativas, que gozan de tanto predicamento en los círculos sociales. Se han falseado a sí mismos por seguir la corriente. Pero, como la naturaleza no gusta de estas desobediencias, castiga a tales descarriados con la supervivencia de los procederes rufianescos en su oficio de conductores de pueblos. Ambiente funesto, que desvía o sofoca, el ambiente colonial. En otra ocasión, en la revista "La Pluma", nos preguntábamos: Pero, ¿qué es ese **espíritu colonial** de que tan a menudo se habla? No otra cosa,—respondíamos,—que eso que procura uniformar las almas conforme a un maniquí determinado. Mentalidad colonial es la que se asombra de que unos necesiten una moral y una estética y una sociología diferentes de las de otros, tal como unos necesitan más aire y más sol que otros para vivir. A todo aquel cuya frente sube un palmo más arriba del maniquí-tipo, se le corta la cabeza... o los pies, hasta dejarlos al ras de la "muchedumbre miriocéfala y anónima". Toda aspereza genial es limada cuidadosamente: el régimen de colonia no quiere individualidades desarrolladas. El postulado básico de lo colonial no es procurar que cada cual realice su misión, humilde o alta, sino que todos sean fieles trasuntos del férreo modelo establecido; que lo perpetúen. De aquí, la colonia importa inmutabilidad; vale decir, regresión.

Pero, en la situación porque atraviesan actualmente los Estados Unidos, ¿es conveniente que nuestros jóvenes se vayan allá?

Hay quienes opinan que nó. Dicen:—No es pro-

vechoso exponer la flor de nuestra raza a los riesgos propios de la situación anormal por la cual cruzan los Estados Unidos, al igual de los demás países, como consecuencia de la guerra.

Pero, digo yo, porque hubo guerra, y porque hoy se experimentan las consecuencias de ella, ¿es legítimo afirmar que la situación del mundo debe considerarse **anormal**, y por lo tanto, peligrosa para el mozo que quiere formarse su manera de vida en suelo extranjero? Para el que quiere luchar y aprender, para el que quiere vivir integralmente la vida de su tiempo, única vida que importa vivir, la guerra y la paz y la situación que se deriva de una guerra, son, unas y otras perfectamente **normales**. Puesto que la guerra **es**, es normal. Si a tí te toca vivir mientras la humanidad se acuchilla, es preciso que te abras tu camino en medio de la carnicería general! ¿Que la tarea será ardua? Y eso, ¿que más da? Hay hombres que nacieron para vivir en épocas en que las tareas son arduas. Por ejemplo, los que empezamos hoy a realizar nuestras tareas.

Volvamos a la pregunta: ¿es conveniente que nuestros jóvenes se vayan a los Estados Unidos a perfeccionarse? Desde luego, hay dos aspectos en el asunto: el salir del país y el instalarse en Estados Unidos. Respecto a lo primero, no cabe discrepancias: nada más útil que salir del terruño. Hasta se le ama más así. Se adquiere la valiosa experiencia de los viajes. “No hay mejor libro que el bastón de un caminante”. En cuanto a lo segundo, (eso de irse a instalar durante cierto tiempo a Norte-América), no faltan jóvenes “románticos” que hacen serios reparos de orden sentimental... Jóvenes que leyeron el “Ariel” y que no tuvieron la sutileza suficiente para discernir lo que en la “verdad” de ese libro admirable había de injusto y lo que había de verdad en sus inexactitudes. (Paradójico... pero... qué le vamos a hacer...)

Hablan los jóvenes “románticos”:—Los yanquis son meros materialistas, meros **calibanes**, cuyo norte exclusivo es el dolar. Entre tanto, lo que yo sé es que esos yanquis materialistas no están llagados de analfabetismo, ni de miseria, como nosotros, tan fervorosos “idealistas”; lo que yo sé es que entre ellos no hay apellidos que excluyan de las altas magistraturas, como ocurre aquí con el apellido Ponce, por ejemplo; lo que yo sé es que por allá no asusta el Hombre, como aquí, donde en la Política, en la Administración Pública, en la Educación, en el Periodismo, etc., la mediocridad es la condición indispensable para escalar las alturas. Lo que yo sé es que por allá no están entorpecidos, como aquí, por el caudillaje político, patriotero y patri-cida; que no están anquilosados, como aquí, por prejuicios seculares. Lo que yo sé es que en Estados Unidos hay millonarios que abren la bolsa y fundan una Universidad; mujeres que se reúnen e instalan un **settlement** en medio del barrio miserable y corrompido, con el fin de mejorarlo y regenerarlo. Lo que yo sé es que unos yanquis hicieron la travesía aérea del Atlántico, y que es la Yanquilandia donde la producción, el consumo y el comercio de las bebidas alcohólicas han sido suprimidos por una reforma constitucional, lo que constituye un hecho de trascendencia análoga a la de la invención de la imprenta o a la de la abolición de la esclavitud.

A esos yanquis rasurados tenemos mucho que aprenderles nosotros, neo-latinos contemplativos, de vivir soporífero, rutinario y cobarde, que “amamos pulir el dáctilo al son de las cadenas”, que declaramos mucho, hasta acerca de la libertad, no obstante lo cual aceptamos la tiranía de oligarquías desvergonzadas e ineptas.

Lo de Gabriela Mistral:

“¡Jovenes a Estados Unidos! ¡Más, mucho más
“ de lo que han ido! Para descuajar un Chile añejo,

“ para despeñar las corrientes contemporáneas del
“ pensamiento, que vaya lo mejor que tenemos a
“ Estados Unidos. Una tierra nueva donde no aver-
“ güencie llevar un nombre obscuro, puesto que en
“ ella la alquimia de lo plebeyo en ilustre se hace
“ minuto a minuto; una tierra nueva donde no sean
“ injuria a la colectividad amodorrada los ideales
“ en flor; donde la república sea verdad; donde no
“ trascienda a reyezuelo cada político y jefe de
“ oficina; una república donde los jóvenes no ofen-
“ dan los oídos cascados con sus voces alborotadas.
“ Pero después de haber recogido, como la ola mu-
“ riente recogió el alma del mar, toda la luz, toda
“ la voz de aquel inmenso país, no olvidar que en
“ Chile tenemos hambre y sed y que no es posible
“ estar harto cuando la patria está sedienta. El re-
“ greso después, y la labor larga e intensa de cada
“ uno: en su fábrica el industrial y en su aula el
“ profesor.”

Sí; el regreso después. Y ya en su tierra, cada peregrino tendrá fuerzas para exclamar con el poeta: **O encuentro camino o me lo abro!**

FRANCISCO AGUILERA.



La silla que ahora nadie ocupa (*)

*Con la vista clavada sobre la copa
e halla abstraído el padre desde hace rato:
pocos momentos antes rechazó el plato
del cual apenas quiso probar la sopa.*

*De tiempo en tiempo, casi furtivamente,
llega en silencio alguna que otra mirada
hasta la vieja silla desocupada
que alguien, olvidadizo, colocó en frente.*

*Y, mientras se ensombrecen todas las caras
cesa de pronto el ruido de las cucharas
porque, inocentemente, como empujado
por esa idea fija que no se va,
el menor de los chicos ha preguntado
cuando será el regreso de la mamá.*

EVARISTO CARRIEGO

(*) Con esta sentimental y sencilla poesía de Evaristo Carriego iniciamos una serie de los grandes poetas y prosistas de América que ya comienzan a olvidarse—



¿Qué es la crítica?

Existen maneras y maneras de comprender la crítica. Con toda seguridad, la manera, no diré más extraña, porque parece ser, a la inversa, la más corriente entre las personas poco versadas en literatura, pero sí la más infundada y la más arbitraria, es la que se manifiesta en las siguientes líneas de una carta que he recibido:

“Ya es tiempo, señor, de que la crítica desempeñe entre nosotros el papel que le corresponde: el de discernir lo bueno de lo malo, lo que es efímero de lo que ha de durar y de decirlo con franqueza.”

Veo manifestada una concepción análoga en un artículo reciente de diario, firmado con un nombre femenino—Alda o Aura, no recuerdo bien.

Tanto esta escritora, como mi amable correspondiente, habrán, pues, de experimentar no poca sorpresa cuando yo les diga, que no ha habido en el mundo ningún crítico, propiamente digno de este nombre, que se haya formado de la crítica el concepto que ellos profesan. Que los críticos y los no críticos hayan, en todo tiempo, alabado o condenado, distinguido la belleza de lo que no lo es, decretado el olvido o la inmortalidad, no podría negarse, porque es propio de la naturaleza humana afirmar y emitir juicios. Pero, si, en el fondo, algunas de estas personas han creído, realmente, que sus fallos

podían ser definitivos, que estaban en posesión de una norma para apreciar infaliblemente el verdadero mérito, que sus opiniones no eran simples preferencias personales, es que padecían de una ignorancia de la historia literaria y, en general, de todas las cosas, que los inhabilitaba en absoluto, no digo para ser críticos, pero hasta para ser amanuense de crítico.

La razón es sencilla: si se han descubierto en el mundo muchas cosas, no se ha descubierto aún un criterio de verdad estético, que nos permita en cada caso dado, decir: esto es bello, aquello nó; esto es perfecto, aquello nó. La estética—al revés de las matemáticas—es la patria de la anarquía. Que de un punto a otro no se puede tirar sino una sola recta: he aquí una verdad que yo debo aceptar, sea que ello me agrade o nó, sea que me convenga o nó. Pero si yo prefiero “Madame Bovary”, de Flaubert, al “Quijote” de Cervantes, no podría dar yo de esta preferencia una razón que tuviera el carácter de lo evidente y absoluto, que se impusiera con igual fuerza a X que a Z, a un francés que a un chino,—y quien, por la inversa, prefiriera al Quijote a Madame Bovary, no podría dar tampoco, para justificar sus ideas, una razón de esa especie. Semejantes preferencias dependen de mil particularidades personales, íntimas, por lo general inconscientes, que traen su origen de la educación, del ambiente, del atavismo.

Más aún, hablar de que no se ha descubierto un criterio literario o preguntarse si alguna vez se llegará a descubrir, es plantear la cuestión de una manera incongruente. Estando las obras de arte dirigidas a la sensibilidad, y siendo ésta no sólo diferente en todos los hombres, sino variable en un mismo individuo, para llegar a la uniformidad del gusto, sería menester comenzar por uniformar las sensibilidades. No nos preguntemos si sería posible

fundar la estética: preguntémosnos si sería posible modificar al hombre.

El único capaz de apreciar, no el valor intrínseco de una obra, pero si el mayor o menor caso que de ella ha hecho la humanidad, es el tiempo: hay obras que han perdurado a través de los siglos y otras que han caído en el olvido; unas que la humanidad lee aún y otras de las cuales ni aún recuerda el nombre. Prescindiendo de lo que en este fenómeno influyan el prejuicio, el espíritu de imitación y diez mil circunstancias análogas, no puede negarse que la inmortalidad de ciertas obras es el hecho más positivo y también el más significativo que poseamos en materia de literatura.

Hay autores que se han detenido ante un hecho tan considerable y lo han creído capaz de suministrar cierta base a la crítica. Así, Boileau nos dice:

“Sólo la aprobación de la posteridad puede establecer el verdadero mérito de las obras. Por mucha ruidos que haya hecho un escritor durante su vida, por muchos elogios que haya recibido, no se puede por eso concluir, de un modo infalible, que sus obras sean excelentes. Los brillos falsos, la novedad del estilo, una forma de espíritu a la moda, pueden haberla hecho valer; y ocurrirá tal vez que en el siglo siguiente se abrirán los ojos y se despreciará lo que se ha admirado. Tenemos de ello un gran ejemplo con Ronsard y en sus imitadores, como du Bellay, du Bartas, Desportes, que en el siglo precedente han sido la admiración de todo el mundo y que hoy día ni siquiera encuentran lectores.

Y Brunetiére dice:

“Hay obras que sobreviven a sus autores; las hay que mueren con ellos; hasta las hay a las cuales sus autores sobreviven. Las hay que no duran más allá del siglo que las ha visto nacer; las hay que duran más aún que la lengua misma que ellas han

hablado. ¿Por qué todo esto? Es el problema por resolver y que no es jamás resuelto ni lo será sin duda jamás, puesto que a cada generación de hombres se plantea en términos nuevos, y, para cada hombre de esta generación que lo aborda, en términos sensiblemente diferentes. Yo expreso hoy sobre la obra que acaba de aparecer una opinión concienzudamente motivada; nadie sabe ni puede saber lo que ella valdrá mañana; eso depende únicamente de que la obra pueda durar más allá de mí, que la juzgo, y del artista que la ha hecho; y aún en el caso de que ni él ni yo nos engañemos, el porvenir descubrirá en esta obra lo que yo no he podido ver en ella y lo que el artista no ha podido querer en ella poner.”

Notad que Boileau y Brunetiére han sido lo que se llama críticos dogmáticos, críticos afirmativos, verdaderos legisladores de las letras, y que, a pesar de todo, lejos de creer ellos que la crítica pudiera fijar valores, piensan, al contrario, que el único papel de la crítica es catalogar las obras que ya han sido valorizadas por el tiempo, estudiarlas y tratar de ver qué fuerzas pueden ellas encerrar que las haya hecho vivir a través de las edades.

La desgracia es que, cuando críticos como Boileau, extraen de cierto grupo de obras que han durado, las que ellos creen razones de su duración, incurren en la debilidad de convertir estas razones en prototipos eternos y únicos de belleza. De improviso, se descubre otro núcleo de obras que realizan un ideal de belleza completamente diversa, no menos legítima que la otra, y que han sido admiradas por una parte de la humanidad no menos apreciable. Tal ocurrió por ejemplo cuando madame Stael, a principios del siglo XIX, mostró a los franceses que había una literatura alemana y otra inglesa, que no por ser diferentes de la de los griegos y latinos eran menos admirables, que había una manera de

hacer tragedias que no era la de Esquilo, y una manera de hacer poemas épicos que no era la de Homero.

La constatación de este hecho demasiado evidente de que el papel de la crítica no puede ser el de... criticar—en el sentido etimológico de la palabra—produjo el advenimiento de la crítica moderna; la crítica de los Villemain, de los Saint-Beuve, de los Taine. Si se considera la obra de arte, como simple obra de arte, aislada en el tiempo y en el espacio, no le queda al individuo que quiera ocuparse de ella otro papel que el de juzgarla como tal obra de arte, aprobarla o reprobarla, según sus gustos estéticos. Pero si la consideramos, primeramente, como el producto de la sensibilidad, del temperamento, del carácter, de la vida de un individuo; si la consideramos en seguida como un producto del medio y del momento en que ese individuo ha vivido y de la raza de que proviene; si consideramos en seguida que esa obra ha tenido admiradores y vituperadores; si consideramos todo esto, la crítica no tendrá ya necesidad de juzgar, mirará la obra como un “signo” de ciertos hechos; se refundirá en la historia; hará la biografía del que la ha producido; estudiará el país y el medio que la ha hecho posible; discernirá por el grado y la extensión de las simpatías o animosidades que la obra ha despertado, el estado de los gustos y de las ideas reinantes en determinada época.

Sea que la crítica se practique de este modo o de otro cualquiera, hay dos hechos que saltan a la vista: primero, el de que el único modo como se puede, razonablemente, practicarse, es el que preconizan mi corresponsal y la articulista; y segundo—como consecuencia del primero—que la crítica es un género de amena literatura como otro cualquiera, que no hay que buscar en ella la personalidad del criticado, sino la del crítico; que cuando se habla

del libro tal y del autor cual, este libro y este autor no son otra cosa que un pretexto, un salvador "a propósito" para que el crítico dé forma a su temperamento o a sus ideas, del mismo modo que un árbol puede ser un pretexto para que un poeta manifieste su concepción del mundo.

Todo esto es tan visible, que en las obras maestras de crítica, al concluir de leerlas, lo único que se nos queda presente es la personalidad del crítico, por más impersonal que éste pretenda ser, por más esfuerzos que gaste para hacerse a un lado y hacer resaltar al autor. En el esfuerzo de clarividencia tentado por el crítico para devolvernos la obra de arte como lavada de las neblinas que la rodean, lo que más admiramos es el esfuerzo realizado y no la imagen purificada del autor en cuestión. Si se lee el estudio de Macaulay sobre Lord Byron, nadie dirá: qué hombre tan admirable Lord Byron, sino que dirá: ¡qué hombre tan admirable es Lord Macaulay!

El público—decía Faguet—nos lee mucho, no porque haga el menor caso de nuestras opiniones, sino porque nos encuentra interesantes. Este concepto de la crítica carece de énfasis, pero está lleno de una amable verdad.

ELIODORO ASTORQUIZA



Camino de la miseria

*El poema tremendo de la vida ignorada
ha florecido rosas de pecado en las manos;
somos los Arlequines de la risa cascada,
espíritus inquietos, lamentables y humanos.*

*Con los dorsos curvados — viejos a los veinte años —
en los ojos abiertos una ilusión divina,
seguiremos por esta senda que va al Calvario
de la muerte. ¿Nos reírán al pasar alguna Colombina?*

*Para cargar con tanta pesadumbre, Señor,
los más viejos, los tristes, los cansados, los ruines,
tendremos una mano blanda de compasión?
¡Camino a la miseria vamos los Arlequines!*

Ensueño triste

*He salido a vagar loco de hallarla un día,
porque hace mucho tiempo no la puedo encontrar,
una esperanza extraña siento que en mí confía,
aunque por los caminos nadie la vió pasar.*

*La he buscado en la paz santa de los sepulcros
y una respuesta negra me salió de las fosas,
la he buscado por todos los senderos ocultos...
¡Tengo los ojos suaves de mirar a las cosas!*

*A veces siento el peso de un desencanto añejo
y me dan unas ganas rabiosas de llorar,
pero este ensueño triste que me roe los huesos
me dice quedamente que pronto la he de hallar.*

*Tengo los ojos hondos como desencantados,
pero una voz me dice que espere todavía:
pasará por tu senda de rastros perfumados,
tal vez no sepas cuando, pero ha de ser un día.*

*Con este ensueño triste marcharé por la vida
ahondando el misterio para ver si la alcanzo,
y para cuando sienta la esperanza perdida,
ilusión sé milagro, ilusión sé milagro.*

.....
*Y cuando ya la encuentre tendré las manos blancas,
habrán tomado mucho polvo de desencanto;
un silencio divino apagará mis ansias,
y tendré un espantable sonreír de cansancio.*

J. CIFUENTES SEPÚLVEDA

Del libro «Noches», que aparecerá en breve.



Santa Rutina

¿Cómo había yo llegado allí? No lo recuerdo, pero es lo cierto que me encontraba en una gran iglesia que contenía millares de fieles.

Era de noche, las luces de los cirios salpicaban la obscuridad de puntos de oro, sin llegar, sin embargo, a disipar las sombras; solamente el altar brillaba en completa luz.

Encima se levantaba una estatua colosal de granito negro. Representaba a una mujer sentada, envuelta en pesadas telas que caían en pliegues tiesos y angulosos. Los brazos los tenía pegados al cuerpo. Las manos descansaban sobre sus rodillas, las piernas se tocaban como encerradas en un estuche, y los ojos entornados, daban la impresión de cierta frialdad extraña a las líneas severas del rostro, que parecía petrificado con una impasibilidad sobrehumana. Se hubiera dicho que era una de esas figuras enigmáticas del antiguo Egipto que, como si fueran modeladas sobre un cadáver, denotaban la eterna inmovilidad de la muerte.

Sobre las altas columnas que rodeaban el altar desarrollábanse inscripciones en letras arcaicas que decían:

“Nosotros creemos como han creído nuestros padres. Haremos como han hecho nuestros padres.

Vivir, dormir. ¡Qué mueran los innovadores! El pasado es la regla del porvenir.”

De los muros pendían, a manera de *ex-votos*, cuadros pintados a la antigua, con personajes destacándose sobre fondo de oro. Las escenas representadas pertenecían a todos los tiempos y eran de todos los países. Reconocí algunas. Jesús crucificado por enseñar la caridad a los hombres. Galileo castigado por haber cambiado una verdad enseñada por la Biblia. Cristóbal Colón expulsado como aventurero de la corte de Portugal a la que había ofrecido un mundo. La Facultad de París decretando que la sangre no circula por ser contraria esta idea a las doctrinas de Aristóteles y muchos otros cuadros no menos curiosos.

Admirado contemplé la asistencia y quedé sorprendido ante todo por la multitud de cráneos brillantes, las barbas y las cabelleras blancas que relucían bajo la amarillante claridad de los cirios. Si los viejos estaban allí en inmensa mayoría, el número de hombres era más o menos igual al de las mujeres. Una multitud abigarrada, pocos obreros, pero codeándose, elegantes trajes y blusas, burgueses y campesinos, soldados y civiles. Creí distinguir algunas personas conocidas, entre ellas algunos empleados, rentistas, médicos y comerciantes, mezclados a hombres de letras y miembros de las Cámaras.

Sobre un estrado de honor estaban sentados a la vista de todo el mundo, muchos políticos, profesores, generales, miembros del clero, frailes de todas las órdenes, monjas de todas las reglas; hasta un mandarín de la China con su traje característico.

No sabía qué pensar de esta extraña asamblea, cuando al toque de una campanilla estos dignatarios se levantaron, se colocaron detrás uno del otro y comenzaron a dar vueltas dentro de una especie de picadero situado delante del altar. Súbitamente un viejo alto, seco y derecho como un poste, se apartó

del círculo y se dirigió, con paso solemne, hacia la estatua. Yo oí murmurar cerca de mí:

—Es el gran sacerdote.

Volvióse, y con ademán grave y solemne dijo:

—Roguemos, hermanos míos.—E inmediatamente de un extremo a otro de la iglesia zumbó de todos los labios esta letanía:

“Conservadora de todo lo viejo,, enemiga mortal de todo cambio y de toda novedad, sostén de las antiguas tradiciones, convenciones y costumbres, patrona de los ciegos y de los paralíticos, Santa Rutina, rogad por nosotros”.

El gran sacerdote continuó solo:

“Santa Rutina, baluarte de la administración, reina y protectora de las oficinas públicas, velad por los empleados fiscales, vuestros fieles servidores, y ocultad nuestros misterios, que son los tuyos; del ojo curioso de los periodistas y de las veleidades reformadoras de los nuevos ministros.”

El coro repetía:—“Patrona de los ciegos y de los paralíticos, Santa Rutina, rogad por nosotros.”

Un juez tomó la palabra: “Santa Rutina, a vos que os debemos la lentitud de los procesos, los procedimientos complicados, las formas embrolladas que el vulgo llama papeleo, velad por nosotros magistrados, vuestros servidores obedientes, y evitad que los malvados pongan coto a los gastos de justicia o que los legisladores alumbren la bienhechora obscuridad de nuestros códigos.”

El coro repitió:—“Patrona de los ciegos y paralíticos, Santa Rutina, rogad por nosotros.”

Enseguida, un viejo profesor con anteojos declamó con tono doctoral:—“Santa Rutina, refugio y consolación de los hombres sabios que viven en los siglos pasados y a los que la multitud ignorante califica de pedantes, velad por nuestro colegio y por nuestra universidad, vuestra hija predilecta; impedid que el espíritu de reforma y de libertad se pro-

pague entre sus jóvenes miembros; salvad de la destrucción los antiguos métodos del bachillerato, los manuales y las fábricas de bachilleres; no dejéis perecer la enseñanza de la gramática y de las lenguas muertas en provecho de las ciencias y de las lenguas vivas. Detened a los atrevidos que quieren substraer a las mujeres y a los pobres de una enseñanza secular; defended sobre todo, contra la ruina, esos conventos laicos en donde la juventud vive todavía enclaustrada en memoria piadosa de la Edad Media.”

Y el coro repitió su refrán monótono: “Patrona de los ciegos y paralíticos, Santa Rutina, rogad por nosotros.”

Después, un fraile, levantando los brazos al cielo, murmuró devotamente: “Santa Rutina, la más venerada de todas las santas, vos que contáis en las parroquias y en los conventos tantos fieles como Dios y la Virgen, protegéd contra todo, nuestra devoción mecánica, no permitáis a nadie turbar la inmutable uniformidad de nuestra existencia, concedednos el poder deslizar nuestros días con una regularidad semejante a la de los relojes, en una paz semejante a la de la muerte.”

El coro entonó todavía:—Patrona de los ciegos y de las paralíticos, Santa Rutina, rogad por nosotros.”

Un silencio se hizo; después la voz del gran sacerdote se elevó algo emocionada:—“Santa Rutina, reina del mundo, permitid que continúen imperando en nuestra tierra las sanas tradiciones de la ignorancia, la mugre, el alcoholismo y la licencia, vos que por la fuerza de la inercia triunfais de las resoluciones y adormecéis los brazos y los espíritus de los innovadores que pretenden alterar el admirable orden social establecido, que vuestro imperio se extienda por sobre la tierra entera; dignaos reinar

perpetuamente sobre nuestra querida Patria por los siglos de los siglos.”

‘Amén’—dijeron todos, inclinando las frentes. Yo sólo había permanecido de pie.—Lo notó uno de mis vecinos y gritó: ¡Un profano entre nosotros! Inmediatamente todo se obscureció.—Me sentí cogido, derribado, agarrotado, empujado en un hoyo profundo. Caí desde una altura inmensa, espantosa, y... me encontré sobre mi cama.—Me di cuenta de que acababa de soñar.—¿Era verdad que se trataba de un sueño, después de todo?

G. RENARD



La voz de seda

*Si el amado muriera
arrojad mis ternuras a la hoguera.
Quemad las bellas manos
que no han de acariciar su cabellera
y los senos hermanos
y la locura de mi primavera.
Que crepiten mis ojos
junto a la lividez de sus despojos.
Que se encienda mi boca
y que la llamarada azul y loca
lo envuelva en una túnica de besos.
Que den lumbre mis huesos
para entibiar la sangre de sus venas
y que las llamas puras y serenas
lo amparen de tal suerte
con su velo fragante
que le aromen de rosas el instante
pavoroso y oscuro de la muerte.*

Una voz

*Aunque tiendas las alas
de las suaves ternuras
y de tus sueños leves*

*sobre mis amarguras
siempre estarán cerradas
mis sendas misteriosas
y hasta mi corazón no llegará
la fragancia dormida de tus rosas*

*Aunque tu voz, hermana del silencio,
sea perenne canto de fontana
y como un labio inmortal me bese
siempre estará lejana.*

*Aunque me envuelvas en tus brazos como
para hacerme sentir tu compañía
y tu boca florezca
junto a las palideces de la mía
sobre tus hombros miraré la angustia
del camino desierto
y estará sólo el corazón, tan sólo
como si hubiera muerto.*

JUAN GUZMAN CRUCHAGA

Del poema «Chopin» próximo a publicarse



Opiniones

Exposiciones: Jerónimo Costa y Ulises Vasquez

En nuestro ambiente artístico de este año, después de numerosos conciertos y exposiciones de pintura, sólo dos figuras se mantienen, aún más, se vigorizan pasados los primeros instantes de entusiasmo: Juan Reyes, Jerónimo Costa.

Sólo nos referiremos a este último, por considerar que no habría nada de nuevo que decir respecto a Reyes, que muy bien establecida tiene su reputación de pianista. En cuanto a Costa, deseáramos hacer un estudio extenso y completo, para poder dar una idea cabal de su obra como pintor, porque, desgraciadamente, en nuestro público se le conoce poco, siendo admirado y apreciado sólo entre los propios artistas, quienes (creo único el caso) están de acuerdo para consagrarlo como uno de nuestros primeros pintores. Pero ya que el tiempo y el espacio no lo permiten, sólo haremos una ligera reseña de las obras que expone en el Salón Rembert.

Costa, a nuestro juicio, no tiene semejanza con nadie, ni mucho menos con Millet (alguien lo llamó el Millet chileno porque ya existe la costumbre de buscarle a los pintores y a los artistas en general, parecidos con alguien). A Costa sólo le podríamos hallar similitud con alguno de los jóve-

nes maestros franceses, ya que su tendencia es la misma, de buscar en los asuntos el total envuelto y sugestivo que los franceses han dado en llamar **le perdu**.

De sus cuadros expuestos donde Rembert, podemos decir que se dividen en dos grupos: apuntes de color, manchas, etc., y telas de composición. En las primeras, Costa se presenta delicado y emocional, con sus manchas grises de admirable fuerza de color, apesar de que en algunos el dibujo deja que desear. Al segundo grupo pertenecen telas como la que figura en el catálogo con el nombre de "Serenidad", que bastaría por sí sola para ocuparnos larga y concienzudamente, pero nos limitaremos a decir que en ella se vive uno de los momentos característicos de nuestro hogar chileno; en ella ha puesto Costa su alma sensitiva de poeta sereno y triste; resolviéndola con una técnica sobria y segura, afinando las tonalidades grises y dando gran sensación de aire y transparencia. Podemos también anotar, como destacándose de las demás, las siguientes telas: "Un estudioso", "Nocturno", "Crepúsculo de ciudad", y otras muchas que sería largo enumerar.

Ulises Vásquez se nos presenta múltiple, y bajo un aspecto nuevo que nos era desconocido. Trata con igual soltura los temas luminosos y soleados, como los apuntes grises y envueltos. Nos recuerda al Ulises de antaño una armonía dorada del Parque Forestal, tratada sabiamente y de factura puntillista. Nos entusiasma también sinceramente la tela titulada "Pastoral", en la que Ulises nos da a conocer una vez más su verdadero temperamento de pintor.

Waldo Vila.

LIBROS

“**Anunciación**” (versos) por Renato Monastier.—Talca, 1919.

Sin alardes vanos, silenciosamente, apareció este libro, obra primigenia de un desconocido autor de provincia.

El poeta que lo escribió, joven aún, y por lo tanto inexperto, cometió la ingenuidad de mandarlo al crítico de “La Nación”, quien, colocándose en el quinto cielo de su olímpico desprecio, declaró que el libro de Renato Monastier no era malo sino pésimo.

Admira la pretensión petulante de estos eruditos, que encorvados sobre pergaminos arcaicos, han olvidado el clamor tumultuoso del siglo y mecen la divina cursilería de su alma al son mecánico y fonográfico de aquellas largas tiradas con los que abuelos de nuestros abuelos gustaron deleitarse hasta el delirio.

¿Clásicos? ¡Imposible! Clásicos son los griegos, clásica es la prosa de mármol de José Enrique Rodó, clásica es hoy la estrofa de púrpura de Darío, clásico es el canto de seda de Amado Nervo.

Cerebros impotentes y corazones sin ritmo no pueden ni deben ser clásicos. Hombres seniles, anquilóticos de cuerpo y alma, desarrollados en un zapato chino de limitaciones absurdas por incomprensión dogmática o por pobreza mental y espiritual, no pueden sentir el canto místico y humano de San Juan de la Cruz, “el doctor extático”, no pueden gustar la miel de Garcilaso, no pueden vibrar con la vida inquieta y paradógica de los personajes de la novela picaresca.

Son amigos de lo hecho, son creaciones de elisé, son momias de conservatorio.

Renato Monastier significaba para ellos una voz nueva que, aunque insegura y débil, buscaba

definirse y mostrarse total y fuerte en el poema, significaba un anhelo que, aunque no cumplido, tarde que temprano tendrá que estallar en la creación original.

Y los **monsieurs qui ne comprend pas** que ejercen la dictadura literaria y los Pacheco que dirigen con su batuta milenaria la orquesta de un periodismo anodino y mercantil, debían ahora, como siempre, fruncir el ceño y dictaminar: El libro de Renato Monastier no es malo: es pésimo.

¡Dichosos seres, que después de contar cuidadosamente el precio de su artículo, creen llenar el mundo con sus verdades de dómynes, que van a servir de norma a tantos analfabetos del arte! ¡Dichosos: ellos están pervirtiendo el gusto, el gusto de aquellos incapaces de pensar por su cuenta, de aquellos que necesitan un mentor cuyas enseñanzas sean un báculo en su peregrinaje por los senderos del arte! ¡Dichosos los Pacheco senadores y Ministros, los **monsieur qui ne comprend pas**, cronistas palaciegos, directores de Escuelas de Bellas Artes; ratones de la Gaceta de los Tribunales, críticos de **La Nación**; ganapanes del chiste, correspondientes de la Real Academia Española y camareeros del Papa; oradores patriotas que especulan con el Fisco; tenientes de caballería que opinan de metafísica y filósofos etéreos que combinan planes de extrategia militar! ¡Dichosos seres: ellos viven de laborar en lo que muchas veces ni de nombre conocen!

En cambio... en cambio hay una multitud ciega que hace una profesión de fe de lo que estos honorables señores dicen pensar.

Omer Emeth y Eliodoro Astorquiza tienen la visión amplia, saben decir la palabra justa, sin que carezcan de la falibilidad que, por mayores o menores partes, nos alcanza a todos los humanos. Y, continúa la contradicción: el uno es sacerdote y el

otro escribe en un diario reconocidamente conservador.

Ni Omer Emeth, ni Eliodoro Astorquiza habrían dicho de Renato Monastier lo que dijo la voz de ultratumba que preside como decano del intelecto las labores del avanzado diario liberal...

Eliodoro Astorquiza y Omer Emeth tienen cultura y talento, están nutridos de las literaturas de todas las épocas, saben colocar cada obra en su plano y tienen un punto de vista para cada cosa. No pueden ni deben ser unilaterales. Si no, ahí está el admirable artículo de Omer Emeth sobre Clemenceau, en el que palpita desnuda el alma de un hombre, y la crónica de Astorquiza sobre el Diccionario de Chilenismos del Presbítero Román.

Omer Emeth y Eliodoro Astorquiza no habrían dicho que **Anunciación** es una maravilla. Habrían dicho: es un libro lleno de imperfecciones, que una labor continuada limpiará. En sus páginas actuales hay emoción. Día llegará en que su verso sea digno de contenerla, día llegará en que la palabra pueda rimar con el sentimiento, día llegará en que la semilla que ojos vulgares miraron con indiferencia sea árbol verde y melodioso, sagrado como un templo o una bandera.

Ellos no hablaron sobre este libro, pero porque conozco el espíritu cultísimo y la claridad mental de ambos, sé que no habrían acompañado a la eminente nulidad del diario avanzado.

Para ser arquitecto nada vale haber aprendido a construir según todas las reglas, sin llevar desde antes erigido un palacio en los adentros del alma: nada importa al poeta saber la métrica que tanto conocen los venerables Valbuena al alcance de los niños, si antes no ha hecho un poema con su vida misma. ¡Loado sea el aprendizaje, pero como un complemento de quien encontró y definió antes su tono diferencial! Desgraciado el vulgar que quiere

ser arquitecto o poeta sólo para aprovechar sus conocimientos...

Renato Monastier tiene toda la pasta del poeta moderno. Estudie entonces y llegará.

“**La Mirada Inmóvil**” (poemas) por Juan Guzmán Cruchaga.—Santiago, 1919.

“Yo sé que no soy un poeta de multitudes, pero necesariamente tengo que llegar hasta ellas”, decía el cantor de la Pompadour, los cisnes y el faisán de oro. Y agregaba: “Si he escrito versos a un presidente, es porque he recogido un clamor continental.”

Poeta total, “cincelo las cuatro fases del alma”. Dijo el verso azul y la canción profana, rimó el cielo sereno de Grecia con los jardines de Versalles y el paisaje agreste y cálido de su Nicaragua natal.

Juan Guzmán Cruchaga, poeta joven que empieza a perfilar vigorosamente su personalidad, debe de repetir mentalmente las palabras del maestro: no es un poeta de multitudes, pero necesariamente tendrá que llegar hasta ellas.

No tendrá que arrastrar su túnica regia para cubrirse con los harapos del payador mendicante, que implora aplausos baratos cimbrándose como un sauce bajo los vientos de las pasiones momentáneas. Su labor es honrada y noble como un apostolado: dice las palabras musicales y serenas que el paisaje del mundo fué agrupando en su espíritu con el ritmo y la armonía de otro paisaje.

Juan Guzmán canta las cosas sencillas y el lector se compenetra tanto de esa sencillez que después de la lectura siente un rumor de aguas, un trino de pájaros, un rayo de sol, tibio en la convalecencia exquisita. He aquí su más alta cualidad de poeta: dar a sus pequeños poemas el mismo ca-

lor, el mismo movimiento, la misma inquietud de las cosas vivas.

Fatalmente, el poeta tendrá que llegar a las multitudes: su sensibilidad vibrará como una cuerda ante la amplitud majestuosa e intensa de la vida contemporánea. Su temperamento sutil y femenino habrá de sacudirse violentamente ante el huracán del siglo y entonces nacerán poemas como los que escribieron Darío, Guerra Junqueiro, Marquina, Chocano, D'Annunzio, Verhaeren, que resuenan y seguirán resonando severamente augustos como la voz de los profetas de esta época tumultuosa.

Manso rumor, de la luna entre los árboles, cantar de cuna ante la carne de lirio del recién nacido, voz del agua que se pasea por los campos "desnuda como un alma", recuerdos del vagabundo en la ciudad extraña, charla monótona de los viejos en el pueblo provinciano, romanza que camina con la suavidad de una flor en el encantamiento de la noche dormida, sugerencias de un rostro oculto tras los cristales borrosos, latido de seda azul del agua en la fuente de mármol, corazón suave que sombrea los caminos como un árbol: he ahí lo que dice este libro tejido en versos maravillosos.

Esperemos que salga el poeta de su palacio encantado y se conmueva ante las fuertes realidades de la vida diaria, esperemos que junto con cultivar las rosas de su jardín toque la campana de bronce en el campanario de la fe de estas modernas democracias.

Ningún clamor es indiferente al poeta: ya conocemos la voz de arrullo con que exalta los motivos íntimos y sutiles: no está lejano el día en que, con voz de huracanes, nos dé la apoteosis de un canto de la raza.

R. M. F.



Actividades estudiantiles

CENTRO DE ESTUDIANTES DE MEDICINA.—

Este Centro fué fundado el año 1904. Cuenta en la actualidad con 500 socios.

El actual directorio está compuesto así:

Presidente, Juan Gandulfo Guerra.

Vice-presidente, Alfredo Demaría Andreani.

Secretario, José Sagües Olivares.

Pro-secretario, Angel Vidal Oltra.

Tesorero, Carlos Haupt Gómez.

Sostiene las siguientes secciones, que desempeñan una labor en beneficio de la colectividad:

Escuela de Practicantes "Marcos Macuada", a objeto de perfeccionar a los practicantes del Hospital de San Vicente de Paul, Casa de Orates y algunos Dispensarios municipales; director, Guillermo Puelma.

Escuela de Practicantes "Claudio Manterola", en el Hospital de San Juan de Dios; director, Víctor de la Fuente.

Dispensario Nocturno "Guillermo Meyer". Se atiende aquí a los obreros afectos de enfermedades venéreas. Es dirigido por Ignacio Díaz Muñoz, interno de la Clínica de Vías Urinarias. En el mes de Julio se atendieron a 800 enfermos. Además de las curaciones, inyecciones, lavados, etc., se efectúan exámenes delicados como Reacción de Wassermann, ejecutados por el Dr. Leonidas Corona (ex-presi-

dente del Centro) y exámenes ultra-microscópicos, ejecutados por el Dr. Bisquert.

En este mes empezó sus trabajos la Sección Conferencias, que se dictan en las sociedades obreras y escuelas nocturnas. Estas conferencias van acompañadas de proyecciones y versan sobre: Sífilis, Tuberculosis, Alcoholismo, Mortalidad Infantil, Prostitución, Higiene de la habitación y personal, etc.

En beneficio de los asociados existe una sección "Encargos al extranjero", que trae libros y trata de importar instrumentos médicos y medicamentos a bajo precio. Está a cargo de Carlos Haupt y Oscar Schnake. Otra Sección "Deportes", cuenta con los mejores atletas universitarios. Son sus directores: Arturo Besoain y Pedro Torres. Últimamente han formado un club de tennis y ya están construyendo una cancha, anexa a la cual irá un campo de deportes y ejercicios.

Fueron los estudiantes de Medicina los que, en un gesto de rebeldía, formaron la Federación de Estudiantes de Chile.

CENTRO DE ESTUDIANTES DE DERECHO.—

He aquí uno de los Centros que más intensa labor ha hecho en esta gran cruzada de solidaridad social en que obreros y estudiantes estamos actualmente empeñados.

Como lo pedía el maestro de la juventud americana, ninguna alta manifestación del espíritu ha sido desdeñada de los estudiantes de Leyes: ni el noble y armónico desarrollo del cuerpo ha sido abandonado, ni la voz suplicante del pobre que pide justicia ha encontrado oídos sordos, ni la miseria de un pueblo que agoniza en conventillos oprobiosos ha sido mirada con ojos indiferentes, ni la ignorancia de los proletarios—principal fuente de explotación de quienes viven de ellos—ha encon-

trado mudos los labios de que mana la enseñanza redentora.

Bajo la inteligente presidencia de Pedro León Ugalde, las comisiones de Deportes, Escuela de Obreros, Acción Social y Defensa Jurídica, han sabido desempeñar honrada y tesoneramente su labor, su noble y altísima labor.

El mismo estudiante, que según el desdeñoso decir de don Roberto Huneus, marcha "a saltos de farándula", (expresión que dijo este caballero para referirse a la juventud en una memorable sesión del Ateneo), ha levantado el índice en la actitud vengadora y justiciera del **J'accusse** ante los conventillos insalubres, ante los embargos vergonzantes, ante mil actos inicuos que cometen los que ven de la gente moza nada más que los saltos de farándula, y que, por incapacidad de comprensión o conveniencias del momento, no ven o callan ante las manifestaciones desinteresadas de su noble espíritu.

CENTRO DE ESTUDIANTES DE FARMACIA.—

Corresponde a este Centro—que ha pasado en este último tiempo en una vida agitadísima, llena de incertidumbres y sobresaltos—una de las labores más nobles dentro de lo que pueden realizar los estudiantes en esta gran obra de acercamiento y de enseñanza al pueblo: su laborioso presidente, Eugenio Cantuarias, secundado por un directorio activo e inteligente, piensa instalar en breve una botica para el pueblo, que con más fuerza que nadie soporta una explotación infame sobre el precio de los medicamentos.

Todas las actividades que estos estudiantes desempeñen tienen doble mérito en estos momentos que son de doble desgracia para ellos: por una parte, un incendio—que parece ser obra de manos criminales—ha reducido a cenizas su Escuela, y

per otra, la Cámara de Senadores ha sancionado, con pequeñas modificaciones, el anaerónico, inverosímil y sorprendente proyecto de un diputado, que iguala a los que profesan esta carrera con sacrificio personal y de sus familias, a quienes por el ejercicio práctico de la venta de específicos, por la inversión de un capital como empresarios en el negocio de las drogas, o por cualquiera otro caso fortuito, se encuentran hoy al frente de estos establecimientos con el control de un profesional titulado, consciente, con preparación y cultura científicas.

Con este proyecto absurdo, sobre el cual la Cámara de origen no podrá insistir por consideraciones morales, se viene a cerrar el porvenir de estos muchachos enérgicos y desinteresados, que todo lo sacrifican para ser los obreros en la obra de una patria más justa, más grande y más culta.

No puede la salubridad pública quedar entregada a manos torpes: los secretos de familia no se revelan al primer advenedizo. (**“En la confianza está el peligro, etc. . .”**). No puede, pues, descansar tranquilo un pueblo que entrega su salud a quienes no están preparados para resguardarla y preservarla.

Por eso, ante la amenaza que se cierne y ante la desgracia consumada, vemos más grandes y más nobles a nuestros compañeros de Farmacia, que se olvidan hasta de sí mismos para pensar en el bien y la felicidad de los desamparados.

COMISION DE CLUB.—

Esta Comisión ha sido la que más intensamente ha desarrollado labor efectiva en cuanto al acercamiento estudiantil, objeto principal de ella. En el curso de este año ha iniciado los bailes estudiantiles, los que se han llevado a efecto mensualmente y en las ocasiones extraordinarias que la Comisión lo ha creído necesario. El local del Club ha estado

también abierto a los Centros federados cuando éstos han querido dar una reunión en él, llenando con esto su principal objeto, como es el de traer al Club a todos los estudiantes.

Tiene también el propósito de celebrar en los días del aniversario nacional un gran baile, al que se invitará al Rector de la Universidad, profesores universitarios y sus familias y a los estudiantes que deseen asistir a él.

Por todos estos antecedentes, el Club de Estudiantes puede considerarse por hoy como el primer paso, como el preliminar, como la antesala de lo que será el Hogar Universitario, la magna obra que esta generación tendrá que realizar.

COMISION DE DEPORTES.—

Esta Comisión ha logrado formar la Liga Universitaria de Deportes, que en otros años había sido de casi imposible realización. Las competencias entre las escuelas de las diversas Facultades han comenzado, constituyendo estas reuniones todo un éxito. Han asistido a ellas nuestras compañeras y sus familias.

COMISION DE REVISTA.—

Por renuncia de nuestros compañeros Waldo Urzúa y Humberto Chiorrini, han venido a ocupar sus puestos en la redacción y la administración, Roberto Meza Fuentes y Raúl López.

La Comisión ha autorizado para que representen a la Revista a los señores Angel Cruchaga S. M., en Buenos Aires, y Francisco Aguilera, en Estados Unidos de Norte-América.

Al mismo tiempo puede anunciar a los lectores la colaboración de Enrique Molina, Daniel Martner, Emilio Vaisse (Omer Emeth), Oscar Fontecilla, Gabriela Mistral, Juan Guzmán Cruchaga, Licenciado Vidriera, Santiago Labarca, Pedro Prado, Deme-

trio Salas, Guillermo Labarca Hubertson, Hugo Lea Plaza, David Soto, Luis Quinteros, Armando Mooock, Eliodoro Astorquiza, etc., etc.

Para las fiestas de primavera se editará un número especial de 250 páginas que valdrá \$ 2.00, excepto a los suscriptores, que lo tendrán al precio ordinario.



Notas de Redacción

PRESIDENCIA DE LA FEDERACION.—

Un muchacho que era todo nervio y todo corazón y que a una impulsividad simpáticamente juvenil unía una sólida cultura y una admirable claridad mental, ha debido abandonar la presidencia de la Federación de Estudiantes, por las imposiciones imperativas y tiránicas de la vida diaria, que no le permitían seguir sacrificando su tiempo, su vida entera, a lo que él estimaba la realización de sus nobilísimos ideales.

Después de un año de lucha, en que tuvo en constante tensión a los estudiantes todos y a veces al país, Santiago Labarea, continúa con nosotros, nos acompaña en las comisiones, nos brinda su entusiasmo optimista, pero deja la presidencia entregada al criterio sereno de Waldo Urzúa, que fué el creador y director de esta Revista y que, con su tranquilidad y su desinterés apostólicos, fundó el primer liceo nocturno de Chile, en el que han podido continuar sus estudios aquellas personas que por sus recursos o su situación los interrumpieron en una hora aciaga para su porvenir.

Santiago Labarea supo dominar con la altivez del justo las iras de opereta de una baja popularidad mistificada escandalosamente por gente interesada y mezquina. Periodistas y políticos ne-

cesitados de popularidad se aferraron a la Federación de Estudiantes y a la Universidad Popular "Lastarria", en momentos de inquietud internacional, como a una tabla de salvación en la vorágine de su anónimo o su desprestigio. Consiguieron su objeto: fueron por un momento los prestidigitadores de la multitud, pero la serena imparcialidad de la historia ha vertido la luz sobre los hechos y se ha descubierto el juego de manos. Hoy todo el mundo sabe qué fines de solidaridad, de fraternidad y de amor unieron como en un solo cuerpo—en todo momento—a los estudiantes de Chile.

Santiago Labarca no se conformó con predicar el evangelio de la religión continental, y quiso ver, palpar y aplicar el cauterio a nuestros propios problemas, a nuestro innegable mal interno. La cuestión social comenzaba a plantearse cuando dejó la presidencia no sin haber antes provocado el escándalo de los inconfesables intereses creados alrededor de tan arduo y difícil problema.

En estos momentos delicadísimos, momentos que requieren la cooperación, el sacrificio y el desinterés de todos, llega Waldo Urzúa a la presidencia.

Dentro de la institución estudiantil misma, le corresponderá la unificación de este grupo de Santiago con todas las agrupaciones análogas de la República y la realización del viejo anhelo del Hogar Universitario.

En la política que dejó iniciada Santiago Labarca, política de la que fué Waldo Urzúa uno de los más activos y valientes sostenedores, deberá marchar con decisión y energía hacia el resultado justo que todos esperamos. Deberá abstenerse de las voces imaginarias y artificiales de una opinión pública que no existe, para proceder rectamente, de acuerdo con sus convicciones, con sus sentimientos, con sus ideales.

Nosotros, que hemos recibido la Revista que él creó con la renovación nunca interrumpida de sus entusiasmos, esperamos que la presidencia de la Federación será un escenario más grande, una tribuna más amplia, una cátedra más fecunda para dar vida real a las grandes aspiraciones de su espíritu.

HOMENAJE A DON VALENTIN LETELIER.—

El directorio de la Federación de Estudiantes ha acordado—como el más justo y grande homenaje a la memoria del Maestro—publicar en un volumen, que será el primero de la Biblioteca de **Juventud**, una recopilación de artículos de don Valentín Letelier, sobre temas políticos, educacionales y sociales.

La redacción de la Revista se encuentra actualmente empeñada en este trabajo.

ENCUESTA.—

Juventud ruega a sus lectores contestar el siguiente cuestionario:

- 1).—¿Cree Ud. que existe la cuestión social?
- 2).—¿Qué concepto tiene Ud. del movimiento obrero en Chile?
- 3).—Los estudiantes, ¿deben tener participación en los movimientos obreros?
- 4).—¿Cuál debe ser esta participación?

HOGAR UNIVERSITARIO.—

En una de las últimas sesiones del directorio de la Federación de Estudiantes, se aprobó una indicación de Humberto Chiorrini, que impone a todo federado la obligación moral de dar, al recibir su título profesional, 1,000 pesos, que se destinarían a incrementar los fondos del futuro Hogar Universitario.

Ayer no más hemos visto el caso de un compañero, que lejos de su familia y de sus amigos,

fallecía en un hospital, completamente ignorado, y, a no mediar una rara coincidencia que reveló la fatal noticia, habría ido a la sala de anatomía o a la fosa común. El generoso sentimiento de sus compañeros y el azar, salvaron esta vez tan terrible situación.

¿Qué está demostrando todo esto? Está demostrando que hace falta un hogar universitario, una casa común para los que vienen del norte y los que vienen del sur, una casa que despierte sentimientos fraternales en todos aquellos que dejaron a sus familias y que volverán a verla muy tarde o nunca.

De ahí que el proyecto Chiorrini, en cuanto significa una contribución al levantamiento de ese futuro templo de la gran familia ideal que forman los estudiantes de Chile, sea laudable y haya encontrado la acogida más franca y entusiasta.

Sabemos que el compañero Enrique Vial, recientemente titulado ingeniero, enviará en breve su cuota. El mismo autor del proyecto hace gestiones para conseguir el terreno en que ha de levantarse el Hogar, y según hemos oído, será uno de los primeros en llenar la cuota consignada en su indicación.

Aunque somos indiscretos al herir en tal forma la sencilla y sincera modestia de los compañeros, damos a estos hechos la más rotunda publicidad, para que encuentren imitadores y se vea que, piedra sobre piedra, se va erigiendo ese templo de la que será en un futuro próximo la gran familia estudiantil.

BIBLIOTECA.—

Juventud ruega a los autores nacionales y extranjeros de buena voluntad el envío duplicado de sus obras. Se destinará uno de los ejemplares a la Biblioteca de la Federación de Estudiantes y el

otro a la Revista, para dar cuenta en la sección respectiva.

ASISTENCIA SOCIAL.—

Próximamente se someterá a la consideración del Directorio de la Federación de Estudiantes de Chile un proyecto de ley que organiza los servicios de asistencia social.

Las personas que se han ocupado de este estudio han tenido presente al desarrollar su trabajo el concepto moderno y científico que debe informar el espíritu de esta institución fundamental del Estado.

El problema ha sido considerado en toda su amplitud, dando la importancia que merece a la conservación y mejoramiento de las condiciones fisiológicas del individuo.

Los principios esenciales de este proyecto de ley son:

I.—Precisar el concepto de previsión social al discutirse la creación del Ministerio del Trabajo, dejando a este Ministerio la resolución de los problemas sociales de naturaleza biológica en todo su carácter e importancia colectivos, declarando que la asistencia social es una de las funciones del Estado.

III.—Crear los servicios de asistencia preventiva; y

IV.—Relacionar la asistencia social con la asistencia privada de las organizaciones obreras y sociedades mutuales, que gastan cerca de tres millones de pesos sin conseguir su objeto.

En el próximo número publicaremos el texto íntegro del proyecto de ley.

CONGRESO DE ESTUDIANTES.—

La actividad estudiantil es múltiple: prepara el salto carnavalesco de la Fiseta de la Primavera,

instala salas de box y patrocina campeonatos atléticos, hace obra popular con una universidad nocturna y con la labor de sus representantes en las sociedades obreras, y, actualmente, como una de sus manifestaciones más bellas de cultura cívica, prepara un Congreso estudiantil en que se abordarán resueltamente los más importantes temas de actualidad, así sean políticos, pedagógicos o sociales.

En la agonía y el desastre de la República, los estudiantes deben representar la fuerza optimista, deben ser las raíces perpetuamente renovadas en el agua de la fe, que reverdecerá el árbol esquelético y amarillo de nuestra democracia en ruínas.

De ahí que este Congreso, en que habrán de estudiarse temas tan interesantes, tenga un especial interés en la hora presente, porque habrá de brotar en él más de una bella iniciativa.

Sus organizadores, Santiago Labarca, Waldo Urzúa, Juan Gandulfo, Humberto Chiorrini y Oscar Acevedo V., trabajan actualmente en hacer una realidad de tan simpático proyecto.

ZACARIAS PICA.—

En medio de toda esta balumba de problemas sin solución que hoy conmueven al mundo, no puede faltar la voz irónica y festiva de un estudiante (de leyes, en esta ocasión), que se ríe donosamente de los gestos doctorales de ciertos graves personajes que no desperdician oportunidad para exhibir su notable y brillante vaciedad.

Bajo el pseudónimo de Zacarías Pica, el autor de **Las Tinieblas Jurídicas Dilucidadas**, se burla de quienes, sin otro espíritu que un **snobismo** infantil y un deseo de figuración propia de los advenedizos, rematan en el mercado electoral un sillón legislativo y confeccionan leyes con la sabiduría del mono y la elocuencia del loro.

En este folleto de modestas apariencias encontrarán los lectores una fuente de ironías ingeniosamente bordadas y siempre merecidas por aquellos a quienes van dirigidas.

Por estas consideraciones, no vacilamos en recomendar **Las Tinieblas Jurídicas Dilucidadas**, a quienes desean la amena lectura y abominan de los tontos graves.

Casa Perez

Calle Ahumada, 16

Teléfono Inglés 1462—Nacional 51

Especialidad en fiambres,—jamos
nes decorados,—pavos y pollos asados,
—Perdices escabechadas.

Regalos para santos

Importación directa
en licores finos

Te "Iris"

IMPORTADO POR LA CASA

Atiendo pedidos a provincia
Surtido completo en abarrotes.

AJENCIA DE VIÑAS

PRECIOS DE BODEGA

Reparto a domicilio